

## *Lutero y su Separación de Roma*

EL más distinguido de todos los que fueron llamados a guiar a la iglesia de las tinieblas del papado a la luz de una fe más pura, fue Martín Lutero. Celoso, ardiente y abnegado, sin más temor que el temor de Dios y sin reconocer otro fundamento de la fe religiosa que el de las **Santas Escrituras**, fue Lutero el hombre de su época. Por medio de él realizó Dios una gran obra para reformar de la iglesia y la iluminación del mundo.

A semejanza de los primeros heraldos del evangelio, Lutero surgió del seno de la pobreza. Sus primeros años transcurrieron en el humilde hogar de un aldeano de Alemania, que con su oficio de minero ganaba el sustento de la familia y los medios necesarios para la educación del niño. Quería el padre que su hijo fuese abogado, pero Dios lo había escogido para constructor del gran templo que venía levantándose tan despacio en el transcurso de los siglos. Las contrariedades, las privaciones y una disciplina severa constituyeron la escuela donde la Infinita Sabiduría preparara a Lutero para la importante misión que iba a desempeñar.

El padre de Lutero fue hombre de robusta y activa inteligencia y de gran fuerza de carácter; era honrado, resuelto y franco. Fue fiel a las convicciones que le señalaban el camino del deber, sin cuidarse de las consecuencias. Su propio sentido común le hacía mirar con desconfianza el sistema monástico. Le disgustó mucho ver que Lutero, sin su consentimiento, entrara en un monasterio, y pasaron dos años antes que el padre se reconciliara con el hijo, y aun así, su opinión siguió la misma.

Los padres de Lutero velaban con gran esmero por la educación y el gobierno de sus hijos. Procuraron/Procuraban instruirlos en el conocimiento de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. **Muchas veces oía el hijo las oraciones que su padre dirigía al cielo por él y en las que pedía que Martín tuviera siempre presente el nombre del Señor y que llegase a ser un día un propagador de la verdad. Los padres no desperdiciaban los medios que su trabajo podía proporcionarles, para dedicarse a la cultura moral e intelectual.** Hacían esfuerzos sinceros y perseverantes para preparar a sus hijos para una vida piadosa y útil. Siendo siempre firmes y fieles en sus propósitos y obrando a impulsos de su sólido carácter, eran a veces demasiado severos; pero el reformador mismo, si bien reconoció que varias veces se equivocaban, no dejó de encontrar en su disciplina más cosas dignas de aprobación que de censura.

En la escuela donde lo pusieron en su tierna edad, Lutero fue tratado con aspereza y hasta con dureza. Tanta era la pobreza de sus padres que al salir de su casa para la escuela de un pueblo cercano, se vio obligado por algún tiempo a ganar su sustento cantando de puerta en puerta y padeciendo hambre con mucha frecuencia. Las ideas oscuras y supersticiosas que prevalecían en su tiempo le llenaban de pavor. **A veces se iba a acostar con el corazón angustiado, viendo con temor las lobregueces de lo porvenir y pensaba siempre con terror en que Dios era duro é inflexible juez, y cruel tirano más bien que bondadoso Padre celestial.**

Mas a pesar de tantos motivos de desaliento, Lutero siguió resueltamente adelante, puesta la vista en un dechado elevado de moral y de cultura intelectual que le cautivaba el alma. Tenía sed de saber, y el carácter serio y práctico de su genio lo llevaba en pos de lo sólido y de lo provechoso más bien que lo vistoso y superficial.

Cuando a la edad de dieciocho años ingresó en la universidad de Erfurt, su situación era más favorable y abrigaba algunos proyectos más brillantes que los que abrigado en los años anteriores. Sus padres podían entonces mantenerle más desahogadamente merced a la pequeña hacienda que habían logrado con su industria/**laboriosidad y sus economías.** La influencia de varios amigos suyos, hombres de juicio, borró un tanto el tinte/sedimento de tristeza que se notaba en su carácter a consecuencia de su primera educación. Se dedicó a estudiar los mejores autores, atesorando con diligencia sus maduras reflexiones y haciendo suyo el tesoro de conocimientos de los sabios. Desde que estuvo bajo la dura disciplina de sus antiguos/primeros maestros, dio señales de distinción; y ahora, rodeado de influencias más favorables, vio desarrollarse

rápida­mente su talento. Por su buena memoria, su activa imaginación, su poder intelectual y su incansable consagración al estudio vino a quedar pronto al frente de sus compañeros en las luchas del saber. La disciplina del raciocinio maduró su entendimiento y despertó en él una imaginación activa y una aguda percepción que le prepararon convenientemente para los conflictos de la vida.

El temor del Señor [de YAHWEH] se encontraba en el corazón de Lutero y fue el que le habilitó para mantenerse firme en sus determinaciones así como para ser siempre humilde ante Dios. Poseía una íntima convicción de que dependía del auxilio divino, y no debaja pasar un día sin comenzar­lo con oración, elevando constantemente su corazón a Dios y pidiendo su dirección y su auxilio. **“Orar bien,”** decía él con frecuencia, **“es la mejor mitad del estudio.”** (D’Aubigné, *“Historia de la Reforma­ción del siglo décimosexto,”* lib. 2, cap. 2.)

Estando un día examinado unos libros en la biblioteca de la universidad, descubrió Lutero una Biblia latina. Jamás había visto aquel libro. Y aun ignoraba que existiese. Había oído porciones de los evangelios y de las epístolas que se leían en el culto público y suponía que eso era todo lo que contenía la Biblia. Ahora veía, por primera vez, la **Palabra de Dios** [YAHWEH] completa. Con reverencia mezclada de admiración hojeó las sagradas páginas; con pulso tembloroso y corazón turbado leyó con atención las palabras de vida, deteniéndose a veces para exclamar: **“¡Ah! ¡si Dios quisiese darme para mí otro libro como éste!”** (D’Aubigné, l. 2, cap. 2). Los ángeles del cielo estaban a su lado y rayos de luz del trono de Dios revelaron a su entendimiento los tesoros de la verdad. Siempre había tenido temor de ofender a Dios, pero ahora se sentía poseído de la más firme convicción de que era un pobre pecador, como nunca antes la había experimentado.

Un sincero deseo de librarse del pecado y de reconciliarse con Dios le guió al fin a entrar en un claustro y consagrarse a la vida monástica. Aquí se le obligó a desempeñar los trabajos más humillantes y a pedir limosnas de casa en casa. Se hallaba en la edad en que nada parece tan apetecido como el aprecio y el respeto de todos, y por consiguiente, aquellas viles ocupaciones le mortificaban y ofendían sus sentimientos naturales, pero todo lo sobrellevaba con paciencia, creyendo que lo necesitaba por causa de sus pecados.

Dedicaba al estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones de cada día y aun robaba al sueño y las comidas el tiempo que hubiera tenido que darles. Sobre todas las cosas su mayor deleite era el estudio de la Palabra de Dios. Encontró una Biblia encadenada en el muro del convento, y allá iba con frecuencia a escudriñar­la. A medida que se iba convenciendo más y más de su pecado procuraba por medio de sus obras obtener perdón y paz. Observó una vida llena de mortificaciones, procurando dominar por medio de ayunos y vigi­lias y de castigos corporales sus inclinaciones naturales de las cuales la vida monástica no pudo librarle. No perdonó sacrificio alguno con tal de llegar a poseer un corazón limpio para poder ganar la aprobación de Dios. “Verdaderamente,” decía él más tarde, “yo he sido un fraile piadoso y he seguido con mayor severidad que puedo decirlo, las reglas de mi orden. ... Si algún fraile hubiera podido entrar en el cielo por sus frailerías (obras monacales), no hay duda que yo hubiera entrado. Si hubiera durado mucho tiempo aquella rigidez, yo me hubiera martirizado hasta morir a fuerza de austeridades.” (Idem., l. 2, cap. 3.) **A consecuencia de esta dolorosa disciplina perdió sus fuerzas y sufrió convulsiones y desmayos de los que jamás pudo reponerse enteramente reponerse. Pero a pesar de todos sus esfuerzos su alma agobiada no halló alivio. Por fin fue casi arrastrado a la desesperación.**

Cuando Lutero pensó en que todo estaba perdido, Dios le deparó un amigo y una ayuda. **El piadoso Staupitz expuso a Lutero la Palabra de Dios y lo guió a mirar más allá de sí mismo; le persuadió a que dejara de contemplar el castigo y la ira venidera é infinita por haber violado la ley de Dios, y a que acudiera a Jesús [Yahshua], el Salvador que le perdonaba sus pecados. “En lugar de martirizarte por tus faltas, échate en los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. ... Escucha al Hijo de Dios; él se ha hecho hombre por darte la seguridad de su divino favor.” “¡Ama a quien primero te amó!”** (D’Aubigné, l. 2, cap. 4.) Así se expresaba este mensajero de la misericordia. Sus palabras hicieron honda impresión en el ánimo de Lutero.

Después de larga lucha contra los errores que por tanto tiempo acariciara/albergara, pudo asirse de la verdad y la paz reinó en su alma atormentada.

Lutero fue ordenado sacerdote y se le llamó del claustro a una cátedra de la universidad de Wittenberg. **Allí se dedicó al estudio de las Santas Escrituras en las lenguas originales.** Comenzó a dar conferencias sobre la Biblia, y de este modo, el libro de los Salmos, los evangelios y las epístolas fueron abiertos al entendimiento de multitudes de oyentes que escuchaban aquellas enseñanzas con verdadero deleite. Staupitz, su amigo y superior, le instó para que ocupara el púlpito y predicase la Palabra de Dios. Lutero vaciló, sintiéndose indigno de hablar al pueblo en lugar de Cristo [del Mesías]. Sólo después de larga lucha que sostuvo consigo mismo se rindió a las súplicas de sus amigos. En aquel entonces era ya poderoso en las Sagradas Escrituras y la gracia del Señor descansaba sobre él. Su elocuencia cautivaba a los oyentes, la claridad / el amor y el poder con que presentaba la verdad persuadía a todos y su fervor conmovía los corazones.

Lutero seguía siendo hijo sumiso de la iglesia papal y no pensaba que jamás dejaría de serlo. La providencia de Dios lo (le) llevó a hacer una visita a Roma. Empezó el viaje a pie, hospedándose en los conventos que hallaba en su camino. **En uno de ellos, en Italia, quedó maravillado de la magnificencia, la riqueza y el lujo que se presentaron a su vista. Dotados de bienes propios de príncipes, vivían los monjes en espléndidas mansiones, se ataviaban con los trajes más ricos y preciosos y se regalaban en suntuosa mesa.** Consideró Lutero todo aquello que tanto contrastaba con la vida de abnegación y de privaciones que el llevaba, y no podía cohonestar tan grandes desórdenes. Su índole era distinta de la de aquellos monjes. Estaba perplejo.

Finalmente vislumbró en lontananza **la ciudad de las siete colinas.** Con profunda emoción, cayó de rodillas y, levantando las manos hacia el cielo, exclamó: “¡Salve Roma santa!” (D’Aubigné, l. 2, cap. 6.) Entró en la ciudad, visitó las iglesias, prestó oídos a las maravillosas narraciones de los sacerdotes y de los monjes y cumplió con todas las ceremonias de ordenanza. Por todas partes veía escenas que le llenaban de extrañeza y horror. Notó que había iniquidad se echaba de ver entre todos los miembros del clero. Oyó a los sacerdotes contar chistes indecentes y se escandalizó de la espantosa profanación de que hacían gala los prelados aun en el acto de decir misa. Al mezclarse con los monjes y con el pueblo descubrió en ellos una vida de disipación y lascivia. **A donde quiera que volviera la cara tropezaba con libertinaje y corrupción allí donde esperaba hallar la santidad. “Sin ver,” escribía él, “no se podría creer que en Roma se cometan pecados y acciones infames, y por lo mismo acostumbran decir: ‘Si hay un infierno, no puede estar en otra parte que debajo de Roma; y de este abismo salen todos los pecados.’”** (D’Aubigné, l. 2, cap.6.)

Por decreto expedido poco antes prometía el papa indulgencia a todo aquel que subiese de rodillas la “escalera de Pilato” que se decía ser la misma que había pisado nuestro Salvador al bajar del tribunal romano, asegurándose asimismo que dicha escalera había sido llevada de Jerusalén a Roma de un modo milagroso. Un día que estaba Lutero subiendo devotamente aquellas gradas, recordó de pronto aquellas palabras que como trueno repercutieron en su corazón: **“El justo vivirá por la fe.”** (Romanos 1:17.) Púsose de pronto de pie y huyó de aquel lugar sintiendo vergüenza y horror. El texto aquel no dejó nunca de ejercer poderosa influencia en su alma. Desde entonces vio con más claridad que nunca el engaño que había para el hombre confiar en sus obras para su salvación y la necesidad de tener fe firme en los méritos de Cristo [del Mesías]. Sus ojos se abrieron y ya no se cerrarían jamás para dar crédito a los engaños del papado. Al apartarse de Roma sus miradas, su corazón se apartó también, **y desde entonces la separación se hizo más marcada hasta que Lutero concluyó por cortar todas sus relaciones con la iglesia de los papas.**

Después de su regreso de Roma, recibió Lutero en la universidad de Wittenberg el grado de doctor en teología. Estaba pues en libertad para consagrarse, más que antes, al estudio de las Santas Escrituras, que tanto le gustaba. Había formado la resolución de estudiar cuidadosamente y de predicar con toda fidelidad y

por toda la vida la **Palabra de D-os [YAHWEH]**, y no los dichos y las doctrinas de los papas. Ya no sería en lo sucesivo un mero monje, o profesor, sino el heraldo autorizado de la Biblia. Había sido llamado como pastor para apacentar el rebaño de Dios que estaba hambriento y sediento de la verdad. **Declaró firmemente que los cristianos no debieran admitir más doctrinas que las que tuviesen apoyo en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Estas palabras conmovieron los cimientos en que descansaba la supremacía papal. Contenían los principios vitales de la Reforma.**

Lutero advirtió que era peligroso ensalzar las doctrinas de los hombres en lugar de la **Palabra de D-os [YAHWEH]**. Atacó resueltamente la incredulidad especulativa de los escolásticos y combatió la filosofía y la teología que por tanto tiempo ejercieran su influencia dominadora sobre el pueblo. Denunció el estudio de aquellas disciplinas no sólo como indigno sino como pernicioso, y trató de apartar la mente de sus oyentes **de los sofisterías de los filósofos y de los teólogos** y de hacer que se fijasen más bien **en las eternas verdades expuestas por los profetas y los apóstoles.**

Era muy precioso el mensaje que Lutero llevaba a las ansiosas muchedumbres que pendían de sus palabras. Nunca antes habían oído tan hermosas enseñanzas. Las buenas nuevas de un amante Salvador, la seguridad del perdón y de la paz por medio de su sangre expiatoria, regocijaban los corazones e inspiraban en todos una esperanza de vida inmortal. Encendiéndose así en Wittenberg una luz cuyos rayos iban a esparcirse por todas partes del mundo y que aumentaría en esplendor hasta el fin de los tiempos.

Pero la luz y las tinieblas no pueden conciliarse. Entre el error y la verdad media un conflicto inevitable. Sostener y defender uno de ellos es atacar y vencer al otro. Nuestro Salvador ya lo había declarado: **“No vine a traer paz, sino espada.”** (S. Mateo 10:34.) Y el mismo Lutero dijo pocos años después de principiada la Reforma: **“No me conducía Dios, sino que me impelía y me obligaba; yo no era dueño de mí mismo; quería permanecer tranquilo, y me veía lanzado en medio de tumultos y revoluciones.”** (D'Aubigné, lib. 5, cap. 2.) En aquella época de su vida estaba a punto de verse obligado a entrar en la contienda.

**La iglesia romana hacía comercio con la gracia de Dios.** Las mesas de los cambistas (S. Mateo 21:12) habían sido colocadas junto a los altares y el aire se llenaba con la gritería de los que compraban y vendían. Con el pretexto de reunir fondos para la erección de la iglesia de San Pedro en Roma, se ofrecían en venta pública, con autorización del papa, indulgencias por el pecado. **Con el precio de los crímenes se iba a construir un templo para el culto divino: la piedra angular se echaba sobre cimientos de iniquidad.** Empero los mismos medios que adoptara Roma para engrandecerse fueron los que dieron el golpe mortal que destruyó su poder y su soberbia. **Aquellos medios fueron lo que exasperó al más abnegado y afortunado de los enemigos del papado, y lo que le condujo a la lucha que hizo estremecerse el trono de los papas y conmovió la triple corona en la cabeza del pontífice.**

El encargado de la venta de indulgencias en Alemania - llamado Tetzl - era reconocido como culpable de haber cometido las más viles ofensas contra la sociedad y contra la **ley de D-os [YAHWEH]**; pero habiendo escapado del castigo que merecieran sus crímenes, recibió el encargo de propagar los planes mercantiles y nada escrupulosos del papa. Con atroz cinismo divulgaba las mentiras más desvergonzadas y contaba leyendas maravillosas para engañar al pueblo ignorante, crédulo y supersticioso. Si hubiese tenido éste la Biblia no se habría dejado engañar. Pero para poderlo sujetar bajo el **dominio del papado**, y para acrecentar el poderío y los tesoros de los ambiciosos jefes de la iglesia, se le había resuhado la Biblia [**las Santas Escrituras**]. (Véase Gieseler, *“Ecclesiastical History,” período IV*, sec. I, pár. 5.)

Cuando entraba Tetzl en una ciudad, iba delante de él un mensajero gritando: **“La gracia de Dios y la del padre santo están a las puertas de la ciudad.”** (D'Aubigné, lib. 3, cap. 1.) Y el pueblo recibía al blasfemo usurpador como si hubiera sido el mismo Dios que hubiera descendido del cielo. El infame tráfico se introdujo/establecía en la iglesia, y **Tetzl ponderaba las indulgencias desde el púlpito como si hubiesen sido el más precioso don de Dios.** Declaraba que en virtud de los certificados de perdón que obraban en supoder, quedábanle perdonados al que comprara las indulgencias aun aquellos pecados que desease cometer después, y que **“ni aun el arrepentimiento era necesario.”** (D'Aubigné, lib. 3, cap. 1.) **Y más**

todavía, aseguraba a sus oyentes que las indulgencias tenían poder para salvar no sólo a los vivos sino también a los muertos, y que en el instante en que las monedas resonaran al caer en el fondo de su alcancía, el alma por la cual se hacía el pago escaparía del purgatorio y emprendería camino hacia el cielo. (Véase Hagenbach, *“History of the Reformation,”* tomo I, pág. 96.)

Cuando Simón el Mago intentó comprar a los apóstoles el poder de hacer milagros, Pedro le respondió: *“¡Perezca contigo tu dinero; por cuanto has creído que con dinero se alcanza el don de D-os [YAHWEH]!”* (Hechos 8:20.) Pero las ofertas de Tetzal eran acogidas por millares de ansiosos creyentes. El oro y la plata llenaban sus arcas. Una salvación que podía comprarse con dinero era más fácil consecución que la que requería arrepentimiento, fe y un diligente esfuerzo para resistir y vencer el mal. (Véase el Apéndice.)

**EL APÉNDICE:** Para una historia detallada de la doctrina de las indulgencias, véase art. Indulgencias, en el *“Diccionario de ciencias eclesiásticas,”* por los Dres. Perujo y Angulo (Barcelona, 1883-1890); C. Ullmann, *“Reformatoren vor der Reformation,”* Vol. I, lib. 2, sec. 2, págs. 259-307 (Hamburgo, ed. de 1841); M. Creighton, *“History of the Papacy,”* Vol. V, págs. 56-64, 71; L. von Ranke, *“Deutsche Geschichte mit Zeitalter der Reformation,”* lib. 2, cap. 1, párs. 131, 132, 139-142, 153-155 (3.º ed., Berlin, 1852, Vol. I, págs. 233-243); H. C. Lea, *“A History of Auricular Confession and Indulgences”*; G. P. Fisher, *“Historia de la Reformación,”* cap. 4, pár. 7 (traducida por H. W. Brown, catedrático del seminario teológico presbiteriano de Tlalpam, México. Filadelfia, E. U. A., 1891); Juan Calvino, *“Institución religiosa,”* lib. 3, cap. 5, págs. 447-451 (Obras de los reformadores antiguos españoles, No. 14, Madrid, 1858).

En cuanto a los resultados de la doctrina de las indulgencias durante el período de la Reforma, véase el estudio en inglés del Dr. H. C. Lea, intitulado, *“Las indulgencias en España”* y publicado en los *“Papers of the American Society of Church History,”* Vol. I, págs. 129-171. Refiriéndose al valor de la luz arrojada por este estudio histórico el Dr. Lea dice en su párrafo inicial: **“Sin ser molestada por la controversia que se ensañara entre Lutero y el Dr. Eck y Silvestre Prieras, España seguía tranquila recorriendo el viejo y trillado sendero, y nos suministra los incontestables documentos oficiales que nos permiten examinar el asunto á la pura luz de la historia.”**

La doctrina de las indulgencias había encontrado opositores entre hombres instruídos y piadosos del seno mismo de la iglesia de Roma, y había muchos que no tenían fe en tales pretensiones tan contrarias a la razón y a la Biblia. Ningún prelado se atrevía a levantar la voz para condenar el inicuo tráfico, pero los hombres empezaban a turbarse y a sentirse incomodados, y había muchos que con ansia deseaban saber si Dios no obraría por medio de alguno de sus siervos para purificar su iglesia.

Lutero, aunque seguía siendo papista de los más estrictos, estaba horrorizado por las blasfemas pretensiones (declaraciones) de los traficantes en indulgencias. Muchos de su misma iglesia habían comprado certificados de perdón y no tardaron en venir a ver a su pastor para confesar sus pecados esperando de él la absolución, no porque fueran penitentes ni que desearan cambiar de vida, sino apelando el mérito de las indulgencias. Lutero les negó la absolución y les advirtió que como no se arrepintiesen y no reformasen su vida morirían en sus pecados. Llenos de perplejidad recurrieron a Tetzal con la queja de que su confesor no aceptaba los certificados; y hubo algunos que con toda energía le pedían que les devolviese su dinero. **El fraile se llenó de ira. Lanzó las más terribles maldiciones, hizo encender hogueras en las plazas públicas, y declaró que “había recibido del papa la orden de quemar a los herejes que osaran levantarse contra sus santísimas indulgencias.”** (D’Aubigné, lib. 3, cap. 4.)

Lutero se entregó entonces resueltamente a su obra como campeón de la verdad. Su voz resonaba desde el púlpito en solemne exhortación. Expuso ante el pueblo el carácter ofensivo del pecado y enseñóle que le es imposible al hombre disminuir en nada su culpabilidad, o evitar el castigo, valiéndose de sus propias obras. **Sólo el arrepentimiento ante Dios y la fe en Cristo [el Mesías] podían salvar al pecador.**

**La gracia de Cristo [del Mesías] no podía comprarse; era un don gratuito.** Aconsejaba a sus oyentes que **no** comprasen indulgencias, sino que tuviesen fe en el Redentor crucificado. Refería su dolorosa experiencia personal, diciéndoles que en vano había intentado por medio de la humillación y de las mortificaciones del cuerpo asegurar su salvación, y afirmaba que desde que había dejado de mirarse a sí mismo y había confiado en Cristo [el Mesías], había alcanzado paz y gozo para su corazón.

Viendo que Tetzal seguía con su tráfico y sus impías pretensiones (declaraciones), determinó Lutero hacer una protesta más enérgica contra semejantes abusos. Pronto ofreciósele excelente oportunidad. **La iglesia del castillo de Wittenberg** era dueña de muchas reliquias que se exhibían al pueblo en ciertos días festivos, siendo concedía plena remisión de pecados a los que en dichos días visitasen la iglesia e hiciesen confesión de sus culpas. De acuerdo con esto, el pueblo acudía en masa a aquel lugar. Una de tales oportunidades, y de las más importantes por cierto, se acercaba, - la fiesta de **“todos los santos.”** En la víspera, Lutero, congregadas las muchedumbres que estaban listas para hacer su visita a la iglesia, **fijó en las puertas del templo un papel que contenía noventa y cinco proposiciones contra la doctrina de las indulgencias.** Declaraba además que estaba listo para defender aquellas tesis al día siguiente en la universidad, contra cualquiera que quisiera rebatirlas.

Estas proposiciones atrajeron la atención general. Fueron leídas y vueltas a leer y se repetían por todas partes. Fue muy intensa la excitación que produjeron en la universidad y en todo el pueblo. **Por esas tesis quedaba demostrado que el poder de perdonar los pecados y de remitir el castigo consiguiente jamás le había sido concedido al papa ni a hombre alguno. Todo ello no era sino grosera farsa - un artificio para ganar dinero, explotando las supersticiones del pueblo - un invento de Satanás para destruir las almas de todos los que confiaban en tan necias pretensiones (mentiras).** Se probaba además con toda evidencia que el evangelio de Cristo [del Mesías] es el tesoro más valioso de la iglesia, y que la gracia de Dios revelada en él, les es concedida de balde a los **que la buscan por medio del arrepentimiento y de la fe.**

Las tesis de Lutero desafiaban a discutir; pero nadie osó aceptar el reto. Los argumentos que él propuso se esparcieron luego por toda Alemania y en pocas semanas se extendieron por todos los dominios de la cristiandad. Muchos devotos romanistas de los que se habían lamentado por las terribles iniquidades que prevalecían en la iglesia, pero que no sabían qué hacer para detener su desarrollo, leyeron las proposiciones de Lutero con profundo regocijo, reconociendo en ellas la voz de Dios. Sintieron que el Señor [¡YAHWEH!] extendía su mano misericordiosa para detener el rápido avance de la marejada de corrupción que procedía de la sede de Roma. Los príncipes y los magistrados se alegraron secretamente de que iba a ponerse un dique al arrogante poder que negaba el derecho de apelar de sus decisiones.

Pero las multitudes supersticiosas y dadas al pecado se aterrorizaron cuando vieron desvanecerse los sofisterías que amortiguaban sus temores. **Los astutos eclesiásticos, al ser detenidos en su obra que sancionaba el crimen, y viendo que peligraban sus ganancias, se airaron y se unieron para sostener sus pretensiones.** El reformador tenía que hacer frente a implacables acusadores. Algunos de éstos lo culpaban de ser violento y ligero para apreciar las cosas. Otros le acusaban de presuntuoso, declarando que él no era guiado por Dios, sino que obraba a impulso del orgullo y de la audacia. **“¿Quién no sabe,”** respondía él, **“que rara vez se proclama una idea nueva sin ser tildado de orgulloso, y sin ser acusado de buscar disputas? ... ¿Por qué fueron inmolados Jesu-Cristo [Yahshua el Mesías] y todos los mártires? Porque parecieron orgullosos, menospreciadores de la sabiduría mundana, y porque anunciaron otra nueva, sin haber consultado previa y humildemente a los órganos de la opinión contraria.”**

Y añadía: **“No debo consultar la prudencia humana, sino el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quién la contendrá? Si no lo es ¿quién la adelantará? ¡Ni mi voluntad, ni la de ellos, ni la nuestra, sino la tuya, oh Padre santo, que estás en el cielo!”** (D'Aubigné, lib. 3, cap. 6.)

A pesar de ser movido Lutero por el Espíritu de Dios para comenzar la obra, no había de llevarla a cabo, sino a costa de duros conflictos. Las censuras de sus enemigos, la disposición de éstos para torcer el significado de las palabras y de los propósitos de Lutero, y la mala fe con que juzgaban desfavorable e injustamente el carácter y los móviles del reformador, se le vinieron encima como ola que todo lo sumerge; y no de balde. Lutero había abrigado la confianza de que los caudillos del pueblo, tanto en la iglesia como en las escuelas se unirían con él de buen grado para colaborar en la obra de la reforma. Varias palabras de estímulo que le habían sido dirigidas por algunos personajes de elevada categoría le llenaron de gozo y de esperanza. Ya veía despuntar el alba de un día mejor para la iglesia; pero el estímulo se tornó en censura y en condenación. Muchos dignatarios de la iglesia y del estado estaban plenamente convencidos de la verdad de las tesis; pero pronto vieron que la aceptación de estas verdades envolvía grandes trastornos. Dar luz al pueblo y realizar una reforma equivalía a minar la autoridad de Roma y detener en el acto miles de corrientes que ahora iban a parar a las arcas del tesoro, lo que daría por resultado hacer disminuir la magnificencia y el fausto de los eclesiásticos. **Además, enseñar al pueblo a pensar y a obrar como seres responsables, mirando sólo a Cristo [al Mesías] para obtener la salvación, equivalía a derribar el trono pontificio y destruir por ende la (su) autoridad de ellos. Por estos motivos rehusaron aceptar el conocimiento que Dios había puesto a su alcance y se opusieron a Cristo y a la verdad, toda vez que se oponían al hombre que él había enviado para que les iluminase.**

Lutero temblaba cuando se veía a sí mismo solo frente a los más opulentos y poderosos de la tierra. Dudaba a veces, preguntándose si en verdad Dios le impulsaba a levantarse y sacudir la autoridad de la iglesia. “¿Quién era yo,” escribía, **“para oponerme a la majestad del papa, a cuya presencia temblaban ... los reyes de la tierra? ... Nadie puede saber lo que sufrió mi corazón en los dos primeros años, y en qué abatimiento, en qué desesperación caí muchas veces.”** (D’Aubigné, l. 3, cap. 6.) Pero no fue dejado solo en brazos del desaliento. Cuando más le faltaba la ayuda de los hombres, acudía a Dios solo, aprendiendo de este modo a confiar sin reserva alguna todas las cosas en su brazo todopoderoso.

A un amigo de la Reforma le escribió Lutero las siguientes palabras: **“No se puede llegar a comprender las Escrituras, ni con el estudio, ni con la inteligencia; vuestro primer deber es pues empezar por la oración: pedid al Señor [a YAHWEH] que se digne, por su gran misericordia, concederos el verdadero conocimiento de su Palabra: no hay otro intérprete de la Palabra de Dios, que el mismo Autor de esta Palabra, según lo que ha dicho: ‘Todos serán enseñados de Dios;’ nada esperéis de vuestros estudios ni de vuestra inteligencia; confíaos únicamente en Dios y en la influencia de su Espíritu: creed a un hombre que ha hecho experiencia de ello.”** (Idem, l. 4, cap. 7.) Aquí tienen una lección de vital importancia los que sienten que Dios les ha llamado para presentar a otros en estos tiempos las verdades grandiosas de su Palabra. Estas verdades aniquilarán el poder del diablo y de los hombres que tienen en mucha estimación las fábulas inventadas por él. En la lucha contra las potencias del mal hay que contar con algo más que con nuestro propio intelecto y la sabiduría de los hombres.

Mientras que los enemigos apelaban *a las costumbres y a la tradición, o a los testimonios y a la autoridad del papa*, Lutero los atacaba **con la Biblia y sólo con la Biblia**. En ella había argumentos que ellos no podían rebatir; en consecuencia, los esclavos del formalismo y de la superstición pedían a gritos la sangre de Lutero, de la misma manera que los judíos pidieran la sangre de Cristo [del Mesías]. *“Es un hereje,”* decían los fanáticos romanistas. *“¡Es un crimen de alta traición contra la iglesia, dejar vivir, una hora más, tan horrible hereje: que preparen al punto un cadalso para él!”* (Idem, l. 3, cap. 9.) Pero no cayó víctima del furor de ellos. Dios le tenía reservada una tarea; mandó pues a los ángeles del cielo para que le protegiesen. **Muchos, sin embargo, que recibieron de él la preciosa luz, se hicieron blanco de la ira del demonio, y por causa de la verdad sufrieron valientemente el tormento y la muerte.**

Las enseñanzas de Lutero despertaron por toda Alemania la atención de los hombres pensadores (reflexivos). Sus sermones y demás escritos arrojaban rayos de luz que alumbraban y despertaban a miles y miles de personas. La fe viva fue ocupando del formalismo muerto en que había estado viviendo la iglesia por tanto tiempo. El pueblo iba perdiendo cada día la confianza que había depositado en las supersticiones de Roma. Las valles levantadas por las preocupaciones fueron desapareciendo poco a poco. La **Palabra de Dios [YAHWEH]**, por medio de la cual probaba Lutero cada doctrina y cada aserto, era como una espada de dos filos que penetraba en los corazones del pueblo. En todas partes se notaba un gran deso de adelanto espiritual. En todas partes había tanta hambre y sed de justicia, como no se habían visto jamás en todos los siglos. Los ojos del pueblo acostumbrados por tanto tiempo a mirar los ritos humanos y a los media neros (mediadores) terrenales, se apartaban de éstos y se fijaban, con arrepentimiento y fe, en Cristo y Cristo [el Mesías] crucificado.

**Este interés general contribuyó a despertar más los recelos de las autoridades papales.** Lutero fue citado a Roma para que contestara el cargo de herejía que pesaba sobre él. Este mandato llenó de espanto a sus amigos. Ellos sabían bien el riesgo que correría en aquella ciudad corrompida y embriagada con la sangre de los mártires de Jesús [Yahshua]. De modo que protestaron contra su viaje a Roma y pidieron que fuese examinado en Alemania.

Así se convino al fin y se eligió al delegado papal que debería entender en el asunto. En las instrucciones que a éste le fueron comunicadas por el pontífice, se hacía constar que Lutero había sido declarado ya hereje. El legado llevaba pues por encargo el procesarle y constreñirle “sin tardanza.” En caso de que persistiera firme, y el legado fracasara en el intento de apoderarse de su persona, tenía poder de **“proscribirle de todos los puntos de Alemania, de desterrar, maldecir y excomulgar a todos sus adherentes.”** (D’Aubigné, lib. 4, cap. 2.) *Además, para arrancar de raíz la pestilente herejía, el papa dio órdenes a su legado de que excomulgara a todos los que se descuidaran de prender a Lutero y a sus correligionarios y de entregarlos a la venganza de Roma, cualquiera que fuera su categoría en la iglesia o en el estado, con excepción del emperador.*

**Aquí es donde se ve desplegarse el verdadero espíritu del papado. Ni un sólo rasgo de principio cristiano, nada de la justicia más elemental en el proceder de Roma.** Lutero se hallaba a gran distancia de Roma; no había tenido oportunidad para dar explicaciones de ninguna clase, ni para defender sus opiniones; y no obstante, antes de que su caso fuese investigado, se le declaró sumariamente como hereje, y en el mismo día fue exhortado, acusado, juzgado y sentenciado; *¡y todo esto por el que se llama sí mismo padre santo, única autoridad suprema e infalible de la iglesia y del estado!*

En aquel momento, cuando Lutero necesitaba tanto la simpatía y el consejo de un amigo verdadero, Dios en su providencia mandó a Melancton a Wittenberg. Joven aún, modesto y reservado, tenía Melancton un sano criterio, extensos conocimientos y elocuencia persuasiva, rasgos todos que combinados con la pureza y rectitud de su carácter le grangearon general cariño y admiración. Su brillante talento no era más notable que su mansedumbre. Muy pronto vino a ser sincero discípulo del evangelio a la vez que el amigo de más confianza de Lutero y su más valioso cooperador; su dulzura, su discreción y su formalidad servían de contrapeso al valor y a la energía de Lutero. La unión de estos dos hombres en la obra vigorizó la Reforma y estimuló mucho a Lutero.

Augsburgo era el punto señalado para la verificación del juicio, y allá se dirigió a pie el reformador. Sus amigos sintieron despertarse en sus ánimos serios temores por él. Se habían proferido amenazas sin embozo de que le secuestrarían y lo matarían en el camino, y sus amigos le rogaban que no arriesgara el peligro. Hasta llegaron a aconsejarle que saliera de Wittenberg por una temporada y que se refugiara en casa de alguno de tantos que se alegrarían en protegerle. Pero él no quería dejar por nada el lugar en donde Dios mismo lo había puesto. Debía seguir fielmente sosteniendo la verdad a pesar de las tempestades que se cernían sobre él. Sus palabras eran éstas: **“Yo soy como Jeremías, el hombre de las disputas y de las discordias; pero cuanto más aumentan sus amenazas, más acrecientan mi alegría. ... Han destrozado**



**ya mi honor y mi reputación: una sola cosa me queda, y es mi miserable cuerpo; que lo tomen; abreviarán así mi vida de algunas horas: en cuanto a mi alma ellos no me la tomarán. El que quiere propagar la Palabra de Cristo [del Mesías] en el mundo, debe esperar la muerte a cada instante.”** (D’Aubigné, lib. 4, cap. 4.)

Las noticias de la llegada de Lutero a Augsburgo dieron gran satisfacción al legado del papa. El enojoso hereje que había despertado la atención del mundo entero parecía hallarse ya en poder de Roma, y el legado estaba determinando a no dejarle escapar. El reformador no se había cuidado de obtener un salvoconducto. Sus amigos le instaron a que no se presentase sin él y ellos mismos se prestaron a recabarlo del emperador. El legado quería obligar a Lutero a retractarse, o si no lo lograba, a hacer que lo llevaran a Roma para que participara de la suerte que habían corrido Hus y Jerónimo. Así pues, por medio de sus agentes se esforzó en inducir a Lutero a que compareciese sin salvoconducto, confiando sólo en el arbitrio del legado. El reformador se negó a ello resueltamente. No fue sino después de recibido el documento que le garantizaba la protección del emperador, cuando se presentó ante el embajador papal.

**Pensaron los romanistas ser buena diplomacia ganarse la voluntad de Lutero por medio de una apariencia de bondad. El legado, en sus entrevistas con él, fingió gran amistad, pero le exigía que se sometiera implícitamente a la autoridad de la iglesia y que cediera a todo sin reserva alguna y sin alegar.** En realidad no había sabido aquilatar el valor del carácter del hombre con quien tenía que habérselas. Lutero, en debida respuesta, manifestó su veneración por la iglesia, su deseo de conocer la verdad, su disposición para contestar las objeciones que se hicieran a lo que él había enseñado, y que sometería sus doctrinas al fallo de ciertas universidades de las principales. **Pero, a la vez, protestaba contra la actitud del cardenal que le exigía se retractara sin probarle primero que se hallaba en error.**

La única respuesta que se le daba era: **“¡Retrátate! ¡retrátate!”** El reformador adujo que su actitud era apoyada por **las Santas Escrituras**, y declaró con entereza que él no podía renunciar a la verdad. El legado, no pudiendo refutar los argumentos de Lutero, le abrumó con un cúmulo de censuras, burlas y embustes, intercalando citas de las tradiciones y dichos de los padres de la iglesia, sin dejar al reformador oportunidad para hablar. Viendo Lutero que la conferencia, de haber seguido así, hubiera resultado sin ningún provecho, obtuvo al fin que se le diera, si bien de mala gana, permiso para presentar su respuesta por escrito.

**“De esta manera,”** decía él, escribiendo a un amigo suyo, **“la persona abrumada alcanza doble ganancia: primero, que lo escrito podía someterse al juicio de terceros; y segundo, que hay más oportunidad para apelar al temor, ya que no a la conciencia, de un déspota arrogante y charlatán que de otro modo se sobrepondría con su imperioso lenguaje.”** (Martyn, *“The Life and Times of Luther,”* págs. 271, 272.)

En la subsiguiente entrevista, Lutero presentó una clara, concisa y rotunda exposición de sus opiniones, bien apoyada con muchas citas bíblicas. Este escrito, después de haber sido leído en alta voz, lo puso en manos del cardenal, quien lo arrojó desdeñosamente a un lado, declarando que era una mezcla de palabras tontas y de desatinadas citas. Lutero se levantó con toda dignidad y atacó al orgulloso prelado en su mismo terreno — el de las tradiciones y enseñanzas de la iglesia — refutando completamente todas sus aseveraciones.

**Cuando vio el prelado que aquellos razonamientos de Lutero eran incontrovertibles, perdió el dominio sobre sí mismo y en un arrebató de ira exclamó: “¡Retrátate! y si no lo haces, te envío a Roma, para que comparezcas ante los jueces encargados de examinar tu caso. Te excomulgo a ti, a todos tus secuaces, y a todos los que te son o fueren favorables, y los expulso de la iglesia.”** Y en tono soberbio y airado dijo al fin: **“Retrátate o no vuelvas.”** (D’Aubigné, lib. 4, cap. 8.)

El reformador se retiró luego junto con sus amigos, demostrando así a las claras que no debía esperarse de le ninguna retractación. Pero esto no era lo que el cardenal se había propuesto. Ya había acariado la idea

de que por la violencia obligaría a Lutero a someterse. Entonces, dejado solo con sus partidarios, miró de uno a otro lleno de despecho ante el inesperado fracaso de sus planes.

Esta vez los esfuerzos de Lutero no quedaron sin buenos resultados. El vasto concurso reunido allí tuvo oportunidad para comparar a ambos hombres y para juzgar por sí mismo el espíritu que habían manifestado, así como la fuerza y veracidad de sus pretensiones. **¡Cuán grande era el contraste! El reformador, sencillo, humilde, firme, se apoyaba en la fuerza de Dios, teniendo de su parte a la verdad; el representante del papa, dándose importancia, imponiéndos (intolerante), hinchado de orgullo, falto de juicio, no tenía un solo argumento de las Santas Escrituras, y sólo gritaba con impaciencia: “Si no te retractas, serás despachado a Roma para que te castiguen.”**

No obstante tener Lutero un salvoconducto, los romanistas intentaban aprehenderlo y hacerlo preso. Sus amigos le hicieron ver que como ya era inútil su presencia allí por más tiempo, debía volver a Wittenberg sin de mora y que era menester ocultar sus propósitos con el mayor sigilo. **Conforme con esto salió de Augsburgo antes del alba, a caballo, y acompañado solamente por un guía que le proporcionara el magistrado.** Con mucho cuidado cruzó las desiertas y oscuras calles de la ciudad. Los enemigos, siempre alerta y crueles, complotaban su muerte. ¿Lograría burlar las redes que le tendían? Momentos de ansiedad y de solemne oración eran aquéllos. Llegó a una pequeña puerta, practicada en el muro de la ciudad; le fue abierta y pasó con su guía sin impedimento alguno. Viéndose ya seguros fuera de la ciudad, los fugitivos apresuraron su huída y antes que el legado se enterara de la partida de Lutero, ya se hallaba éste fuera del alcance de sus perseguidores. **Satanás y sus emisarios salieron corridos. El hombre a quien pensaban tener en su poder se había ido, escapado como un pájaro de la red del cazador.**

Al saber que Lutero se había ido, el legado quedó anonadado por la sorpresa y el furor. Había pensado recibir grandes honores por su sabiduría y aplomo al tratar con el perturbador de la iglesia, y ahora quedaban fallidas sus esperanzas. Entonces no ocultó su enojo en una carta que dirigió a Federico, elector de Sajonia, quejándose amargamente de Lutero, y exigiendo que Federico enviase a Roma al reformador o que le desterrase de Sajonia.

**En su defensa había exigido Lutero que el delegado o el papa le demostrara sus errores por las Santas Escrituras, y ofrecía del modo más formal renunciar a sus doctrinas, si le probaban que estaban en contradicción con la Palabra de Dios [YAHWEH]. También expresaba su gratitud al Señor por haberle tenido por digno de sufrir por tan sagrada causa.**

El elector tenía escasos conocimientos de las doctrinas reformadas, pero le impresionaron profundamente el candor, la fuerza y la claridad [el amor] de las palabras de Lutero; y, mientras no le demostrasen que el reformador estaba en error, Federico mismo se ofreció a ser su protector. Contestando las peticiones del prelado, dijo: **“Supuesto que el doctor Martín Lutero comparecido a vuestra presencia en Augsburgo, debéis estar satisfecho. No esperábamos que, sin haberlo convencido, pretendieseis obligarlo a retractarse. Ninguno de los sabios que se hallan en nuestros principados, nos ha dicho que la doctrina de Martín fuese impía, anticristiana y herética.’ El príncipe rehusa, en seguida, enviar a Lutero a Roma y arrojarle de sus estados.”** (D’Aubigné, l. 4, cap. 10.)

El elector notaba un decaimiento general en el estado moral de la sociedad. Se necesitaba una grande obra de reforma. Las disposiciones tan complicadas y costosas requeridas para refrenar y castigar el crimen, estarían de más si los hombres reconocieran y acataran los mandatos de Dios y los dictados de una conciencia iluminada. Vio que los trabajos de Lutero tendían a este fin y se regocijó secretamente de que una influencia mejor se hiciese sentir en la iglesia.

Vió asimismo que Lutero como profesor de la universidad tenía éxito notable. Sólo había transcurrido un año desde que el reformador fijara sus tesis en la iglesia del castillo, y ya se notaba una disminución muy grande en el número de peregrinos que concurrían allí en la fiesta de todos los santos. Roma estaba perdiendo adoradores y ofrendas; pero al mismo tiempo había otros que se encaminaban a Wittenberg — no

como peregrinos que iban a adorar reliquias, sino como estudiantes que invadían las escuelas para instruirse. **Los escritos de Lutero habían despertado en todas partes nuevo interés por el conocimiento de las Sagradas Escrituras, y no sólo de todas partes de Alemania sino que hasta de otros países acudían estudiantes a las aulas de la universidad. Los jóvenes, al ver a Wittenberg por vez primera, “levantaban ... sus manos al cielo, y alababan a Dios, porque hacía brillar en aquella ciudad, como en otro tiempo en Sión, la luz de la verdad, y la enviaba hasta a los países más remotos.”** (D’Aubigné, l. 4, cap. 10.)

Lutero no estaba aún convertido del todo de los errores del romanismo. Pero cuando comparaba los Sagrados Oráculos con los decretos y las constituciones papales, se maravillaba. **“Leo,”** escribió, **“los decretos de los pontífices, y ... yo ignoro si el papa es el mismo Anticristo o su apóstol, de tal manera está Cristo desfigurado y crucificado en ellos.”** (Idem, lib. 5, cap. 1.) A pesar de esto, Lutero seguía siendo un sostenedor la iglesia romana y aun no había pensado en separarse jamás de la comunión de ella.

Los escritos del reformador y sus doctrinas se estaban extendiendo por todas las naciones de la cristiandad. La obra penetró en Suiza y Holanda. Algunos ejemplares de sus escritos fueron a Francia y España. En Inglaterra fueron recibidas sus enseñanzas como la palabra de vida. La verdad se dio a conocer en Bélgica e Italia. Millares de creyentes despertaban de su mortal letargo y recibían el gozo y la esperanza de una vida de fe.

Roma se exasperaba más y más con los ataques de Lutero, y hubo algunos de entre los más encarnizados enemigos de éste y aun de entre los doctores de las universidades católicas, que declararon que no se imputaría pecado alguno al que matase al rebelde monje. Cierta día, un desconocido se acercó al reformador con una pistola escondida debajo de su manto y le preguntó por qué se hallaba tan solo. **“Estoy en manos de Dios,”** contestó Lutero; **“él es mi fuerza y mi amparo. ¿Qué puede hacerme el hombre mortal?”** (D’Aubigné, lib. 6, cap. 2.) Al oír estas palabras el hombre se demudó y huyó como si se hubiera hallado en presencia de los ángeles del cielo.

Roma estaba resuelta a aniquilar a Lutero, pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se oían por doquiera - **“en las cabañas, en los conventos, ... en los palacios de los nobles, en las academias, y en la corte de los reyes;”** y aun hubo hidalgos que se levantaron por todas partes para sostener los esfuerzos del reformador. (D’Aubigné, l. 6, cap. 2.)

Por aquel tiempo fue cuando Lutero, al leer las obras de Hus, halló la gran verdad de la justificación por la fe, que él mismo enseñaba y sostenía, había sido expuesta por el reformador bohemio. **“¡Todos hemos sido husitas,”** dijo Lutero, **“aunque sin saberlo; Pablo, Agustín y yo mismo!”** Y añadía: **“¡Dios pedirá cuentas al mundo, porque la verdad fue predicada hace ya un siglo, y la quemaron!”** (Wylie, lib. 6, cap. 1.)

En un llamamiento que dirigió Lutero al emperador y a la nobleza de Alemania en pro de la reforma del cristianismo, decía refiriéndose al papa: **“Es una cosa horrible contemplar al que se titula vicario de Jesu-Cristo, con una magnificencia superior a la de los emperadores. ¿Es esto parecerse al pobre Jesús o al humilde San Pedro? ¡El es, dicen, el Señor del mundo! Mas Cristo, del cual se jacta ser el vicario, dijo: ‘Mi reino no es de este mundo.’ El reino de un vicario ¿se extendería más allá que el de su Señor?”** (D’Aubigné, lib. 6, cap. 3.)

Hablando de las universidades, decía: **“Temo mucho que las universidades sean unas anchas puertas del infierno, si no se aplican cuidadosamente a explicar la Escritura Santa y grabarla en el corazón de la juventud. Yo no aconsejaré a nadie que coloque a su hijo donde no reine la Escritura Santa. Todo instituto en el que no se ocupan de la palabra de Dios [YAHWEH], debe corromperse infaliblemente.”** (D’Aubigné, l. 6, cap. 3.)

Este llamamiento circuló con rapidez por toda Alemania influyendo poderosamente en el ánimo del

pueblo. La nación entera se sentía conmovida y las gentes se apresuraban a alistarse bajo el estandarte de la Reforma. Los opositores de Lutero que se consumían en deseos de venganza, exigían que el papa tomara medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas fueran condenadas inmediatamente. **Se le concedió un plazo de sesenta días al reformador y a sus correligionarios, al cabo de los cuales, si no se retractaban, serían todos excomulgados.**

**Fue este un tiempo de crisis terrible para la Reforma. Por siglos y siglos la sentencia de excomunión pronunciada por Roma había sumido en el terror a los monarcas más poderosos, y había llenado los más soberbios imperios con desgracias y desolaciones. Aquellos sobre quienes caía la condenación eran mirados con espanto y horror; se les guardaba incomunicados con todo el mundo y se les trataba como a bandidos a quienes se debía perseguir hasta exterminarlos. Lutero no ignoraba la tempestad que estaba a punto de desencadenarse sobre él; pero se mantuvo firme, confiando en que Cristo [el Mesías] era su escudo y fortaleza. Con la fe y el valor de un mártir, escribía: “¿Qué va a suceder? Yo lo ignoro, sin embargo no me empeño saberlo. ... Sea donde sea que estalle el rayo, permanezco sin temor; ni una hoja del árbol cae sin el beneplácito de nuestro Padre celestial; ¡cuánto menos nosotros! Es poca cosa morir por el Verbo, pues que este Verbo se hizo carne y murió por nosotros; con él resucitaremos, si con él morimos; y pasando por donde pasó, llegaremos a donde llegó, y moraremos con él durante la eternidad.”** (Idem, l. 6, cap. 9.)

**Cuando tuvo conocimiento de la bula papal, dijo: “Yo la menosprecio y la ataco como impía, mentirosa. ... El mismo Cristo es quien está condenado en ella. ... Me regocijo de tener que sobrellevar algunos males por la más justa de las causas. Me siento ya más libre en mi corazón; pues sé finalmente que el papa es el Anticristo, y que su silla [¡trono!] es la del mismo Satanás.”** (D'Aubigné, l. 6, cap. 9.)

Sin embargo el decreto de Roma no quedó sin efecto. La cárcel, el tormento y la espada fueron armas poderosas para imponer la obediencia. Los débiles y los supersticiosos temblaron ante el decreto del papa, y si bien había simpatías generales hacia Lutero, muchos consideraron que la vida era demasiado cara para arriesgarla en la causa de la Reforma. Todo parecía indicar que la obra del reformador iba a terminar.

Pero nada temía Lutero. Roma había lanzado sus anatemas contra él, y el mundo pensaba que moriría o se daría por vencido. **Pero con irresistible fuerza echó Lutero sobre la iglesia la sentencia de condenación, y declaró públicamente que había determinado separarse de aquella para siempre. En presencia de gran número de estudiantes, doctores y personas de todas las clases de la sociedad, quemó Lutero la bula del papa con las leyes canónicas, las decretales y otros escritos que abogaban por el poder papal. “Mis enemigos,” dijo él, “al quemar mis libros, han podido causar mengua a la verdad en el ánimo de la plebe y echar a perder algunas almas (destruir sus almas); por esto yo también he destruído sus libros a mi vez. Se ha principiado una lucha reñida; hasta aquí no he hecho sino chancear con el papa; principié esta obra en nombre de Dios, y ella se acabará sin mí y por su poder.”** (Idem, l. 6, cap. 10.)

A las censuras de sus enemigos que se burlaban de él alegando la debilidad de su causa, contestaba Lutero: **“¿Quién puede decir, que no sea Dios el que me ha elegido y llamado; y que ellos no tengan razón de temer, menospreciándome, menospreciar al mismo Dios? Moisés iba solo a la salida de Egipto; Elías estaba solo, en los días del rey Acab; Isaías solo en Jerusalén; Ezequiel solo en Babilonia. Dios no ha escogido jamás por profeta, ni al sumo sacerdote, ni a otro personaje distinguido, sino que ha escogido generalmente a hombres humildes y menospreciados, y en cierta ocasión a un pastor, Amós. En todo tiempo los santos han debido reprender a los grandes, a los reyes, a los príncipes, a los sacerdotes y a los sabios, con peligro de sus vidas. ... Yo no digo que soy un**

**profeta, pero digo que deben temer precisamente porque yo soy solo, y porque ellos son muchos. De lo que yo estoy cierto es de que la palabra de YAHWEH está en mí y no con ellos.”** (D’Aubigné, l. 6, cap. 10.)

No fue sino después de haber sostenido una terrible lucha en su propio corazón, cuando se decidió finalmente Lutero a separarse de la iglesia. En aquella época de su vida, escribió lo siguiente: **“Cada día comprendo más y más lo difícil que es para uno desprenderse de los escrúpulos que le fueron imbuídos en la niñez. ¡Oh! ¡cuánto no me ha costado, a pesar de que me sostiene la Santa Escritura, convencerme de que es mi obligación encararme yo solo con el papa y presentarlo como el Anticristo! ¡Cuántas no han sido las tribulaciones de mi corazón! ¡Cuántas veces no me he hecho a mí mismo con amargura la misma pregunta que he oído frecuentemente de labios de los papistas! ‘¿Tú solo eres sabio? ¿Todos los demás están errados? ¿Qué sucederá si al fin de todo eres tú el que estás en error y envuelves en el engaño a tantas almas que serán condenadas por toda la eternidad?’ Así luché yo contra mí mismo y contra Satanás, hasta que Cristo, por su palabra infalible, fortaleció mi corazón contra estas dudas.”** (Martyn, *“Life and Times of Luther,”* págs. 372, 373.)

El papa había amenazado a Lutero con la excomunión en caso de que no se retractara, y la amenaza se había cumplido ya. Una nueva bula fue expedida en la que se publicaba la decisa separación de Lutero de la iglesia romana, y en la que se le señalaba como a un hombre maldecido por el cielo, incluyendo en la misma condenación a todos los que recibiesen sus doctrinas. La gran lucha estaba ya empeñada y se hallaba en toda su fuerza.

**La oposición es la suerte de todos aquellos a quienes emplea Dios para que prediquen verdades aplicables especialmente a su época. Había una verdad presente o de actualidad en los días de Lutero — una verdad que en aquel tiempo revestía especial importancia; y así hay ahora una verdad de actualidad para la iglesia en nuestros días. Al Señor [A YAHWEH] que hace todas las cosas de acuerdo con su voluntad, ha querido colocar a sus siervos en diversas condiciones, dándoles deberes particulares, propios del tiempo en que viven y según las circunstancias de que estén rodeados. Si ellos tuviesen en mucho la luz que les ha sido dado, ante ellos se abriría una más amplia percepción de la verdad. Pero la verdad no es más deseada hoy día por la mayoría que lo que era por los papistas enemigos de Lutero. Existe hoy la misma disposición para aceptar más bien las teorías y tradiciones de los hombres que las palabras de Dios [YAHWEH], como existía en los tiempos de antaño. Y los que esparcen hoy este conocimiento de la verdad no deben esperar encontrar más aceptación que la que tuvieron los primeros reformadores. El gran conflicto entre la verdad y la mentira, entre Cristo [el Mesías] y Satanás, irá aumentando en intensidad a medida que se acerque el fin de la historia de este mundo.**

Jesús [Yahshua] había dicho a sus discípulos: **“Si fueseis del mundo, el mundo os amaría como a cosa suya; mas por cuanto no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por esto os odia el mundo. Acordaos de aquella palabra que os dije: El siervo no es mayor que su señor. Si me han perseguido a mí, a vosotros también os perseguirán; si han guardado mi palabra, guardarán también la vuestra.”** (S. Juan 15:19, 20.) Y en otra ocasión había dicho abiertamente: **“¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablaren bien de vosotros! pues que del mismo modo hacían los padres de ellos con los falsos profetas.”** (S. Lucas 6:26.) **En nuestros días el espíritu del mundo no está más en armonía con el espíritu de Cristo [del Mesías] que lo que estaba en tiempos antiguos; y aquellos que predicán la Palabra de Dios [YAHWEH] en toda su pureza no encontrarán mejor acogida ahora que entonces. Las formas de oposición a la verdad pueden cambiar, la enemistad puede ser menos aparente en sus ataques porque es más sutil; pero existe el mismo antagonismo que seguirá manifestándose hasta el fin de los siglos.**

Extraído de: *“El Conflicto de los Siglos durante la Era cristiana,”* por Senhora Elena G. White, Pacific Press Publishing Assn., 1913, págs. 132-157. Editor: El santísimo nombre del Padre, YAHWEH, fue utilizado en vez de la denominación 'SEÑOR'; y en el texto: el nombre del Hijo 'Yahshua el Mesías'. [...]

## *Lutero ante la Dieta*

EL nuevo **emperador, Carlos V**, había ascendido al trono de Alemania, y los emisarios de Roma se apresuraron a presentarle sus plácemes, y procuraron que el monarca emplease su poder contra la Reforma. Por otra parte, el elector de Sajonia, de quien Carlos estaba profundamente agradecido por deberle su exaltación al trono, le daba instrucciones para que no tomase medida alguna contra Lutero, sin haber hablado antes con él, haberle oído. De este modo, el emperador se hallaba en embarazosa situación que le dejaba perplejo. Los papistas no se darían por contentos sino con un edicto imperial que sentenciase a muerte a Lutero. El elector había declarado terminantemente “que ni su majestad imperial, ni otro ninguno le había mostrado que los escritos de Lutero hubiesen sido refutados;” y por este motivo, “pedía que el doctor Lutero, provisto de un salvoconducto, pudiese comparecer ante unos jueces sabios, piadosos e imparciales.” (D’Aubigné, lib. 6, cap. 11.)

La atención general se fijó en la reunión de los estados alemanes convocada en Worms a poco de haber sido elevado Carlos al trono. **Había varios importantes asuntos políticos y otros de no escaso interés que tenían que ventilarse en dicha dieta**, en que por primera vez los príncipes de Alemania iban a ver a su joven monarca presidir una asamblea deliberativa. De todas partes del imperio acudieron los altos dignatarios de la iglesia y del estado. **Nobles hidalgos, señores de elevada gerarquía, poderosos y celosos de sus derechos hereditarios; representantes del alto clero que ostentaban su categoría y superioridad; palaciegos seguidos de sus guardas armados, y embajadores de tierras extrañas y lejanas — todos se juntaron en Worms.** Con todo, el asunto que despertó el mayor interés en aquella vasta asamblea, fue la causa del reformador sajón.

**Carlos había encargado ya de antemano al elector que trajese a Lutero ante la dieta, asegurándole protección, y prometiendo disponer una discusión libre con gente competente para debatir los asuntos (motivos) de disidencia.** Lutero por su parte ansiaba comparecer ante el monarca. Su salud por entonces no estaba muy buena; no obstante, escribió al elector: *“Si no puedo ir a Worms bueno y sano, me haré llevar enfermo allá. Porque si el emperador me llama, no puedo dudar que sea un llamamiento de Dios. Si quieren usar de la violencia contra mí, lo cual parece probable, (bien seguro que no es para instruirse por lo que me hacen comparecer), lo confío todo en manos del Señor [de YAHWEH]. Aun vive y reina el que conservó ilesos a los mancebos en la hornaza. Si no me quiere salvar, poco vale mi vida. Impidamos solamente que el evangelio sea expuesto al vilipendio de los impíos, y derramemos nuestra sangre por él, para que no triunfen. ¿Será acaso mi vida o mi muerte la que más contribuirá a la salvación de todos? ... Esperadlo todo de mí, menos la fuga y la retractación. Huir, no puedo; y retractarme, mucho menos.”* (D’Aubigné, lib. 7, cap. 1.)

La noticia de que Lutero comparecería ante la dieta circuló en Worms, despertando general agitación. Aleandro a quien, como legado del papa, se le había confiado el asunto de una manera especial, estaba alarmado y enfurecido. Previo que el resultado sería desastroso para la causa del papado. **Hacer investigaciones en un caso sobre el cual el papa había dictado ya sentencia condenatoria, era tanto como discutir la autoridad del soberano pontífice.** Además de esto, temía que los elocuentes y poderosos argumentos de este hombre retrajeran a muchos de los príncipes de sus relaciones con el papado. En consecuencia, insistió mucho cerca de Carlos en que Lutero no compareciese en Worms. Por este mismo tiempo fue publicada la bula de excomuniación contra Lutero, lo que, unido a las gestiones del legado, hizo ceder al emperador. Entonces escribió al elector diciéndole que si Lutero no había de retractarse de sus escritos, que se quedara en Wittenberg.

No bastaba este triunfo para Aleandro, el cual siguió intrigando para conseguir también la condenación de Lutero. Con una tenacidad digna de mejor causa, insistía en presentar al reformador a los príncipes, a los

prelados y a varios miembros de la dieta, “como sedicioso, rebelde, impío y blasfemo.” Pero la vehemencia y la pasión de que daba pruebas el legado revelaban a las claras el espíritu de que estaba animado. “*Es la ira y el deseo de venganza lo que le excita,*” decían, “*y no el celo y la piedad.*” (D’Aubigné, l. 7, cap. 1.) La mayoría de los miembros de la dieta estaban más dispuestos que nunca a ver con benevolencia la causa del reformador y a inclinarse en su favor.

Con redoblado celo insistió Aleandro cerca del emperador para que cumpliera con el deber de ejecutar los edictos papales. Esto empero, según las leyes de Alemania, no podía hacerse sin el consentimiento de los príncipes, y Carlos V, no pudiendo resistir a las instancias del nuncio, le concedió que llevara el caso ante la dieta. “*Fue éste un día de orgullo para el legado. La asamblea era grande y el negocio era aún mayor. Aleandro iba a alegar en favor de Roma, ... madre y señora de todas las iglesias.*” Iba a defender al primado de San Pedro ante **los principados reunidos allí en representación de la cristiandad.** “*Tenía el don de la elocuencia, y esta vez se elevó a la altura de la situación. Quiso la providencia que ante el tribunal más augusto Roma fuese defendida por el más hábil de sus oradores, antes de ser condenada.*” (Wylie, lib. 6, cap. 4.) Los que amparaban la causa de Lutero preveían de antemano, no sin recelo, el efecto que produciría el discurso del legado. El elector de Sajonia no se hallaba presente, pero por indicación suya habían concurrido algunos de sus cancilleres para tomar nota del discurso de Alejandro.

Con todo el poder de la instrucción y la elocuencia se propuso Alejandro trastornar la verdad. Arrojó sobre Lutero cargo sobre cargo acusándolo de ser enemigo de la iglesia y del estado, de los vivos y de los muertos, de los clérigos y de los laicos, de los concilios y de los cristianos en particular. “*Hay,*” dijo, “*en los errores de Lutero causa bastante para quemar a cien mil herejes.*”

En conclusión se esforzó en hacer que se despreciase a los adherentes de la fe reformada, diciendo: “*¿Qué son todos estos luteranos? Un puñado de gramáticos insolentes, de sacerdotes viciados, de frailes desarreglados, abogados ignorantes, nobles degradados y populacho pervertido y seducido. ¡Cuánto más numeroso, más hábil, más poderoso es el partido católico! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea iluminará a los sencillos, advertirá a los incautos, decidirá a los que dudan, fortalecerá a los débiles.*” (D’Aubigné, lib. 7, cap. 3.)

Estas son las armas que en todo tiempo han esgrimido los enemigos de la verdad. Estos son los mismos argumentos que presentan hoy los que sostienen el error, para combatir a los que propagan las enseñanzas de la **Palabra de Dios [YAHWEH]**. “¿Quiénes son estos predicadores de nuevas doctrinas?” exclaman los que abogan por la religión popular. “Son indoctos, escasos en número, y los más pobres de la sociedad. Y, con todo, pretenden tener la verdad y ser el pueblo escogido de Dios. Son ignorantes que se han dejado engañar. ¡Cuán superior es en número y en influencia nuestra iglesia! ¡Cuántos hombres grandes e ilustrados hay entre nosotros! ¡Cuán grande es el poder que está de nuestra parte!” **Estos son los argumentos que más sacan a relucir y que parecen tener influencia en el mundo, pero que no son ahora de más peso que lo eran en los días del gran reformador.**

La Reforma no terminó, como muchos lo creen, al concluir la vida de Lutero. Tiene aún que seguir hasta el fin del mundo. **Lutero tuvo una gran obra que hacer — la de dar a conocer a otros la luz que Dios hiciera brillar en su corazón; pero él no recibió toda la luz que iba a ser dada al mundo.** Desde aquel tiempo hasta hoy día y sin interrupción, nuevas luces han brillado sobre las Escrituras y nuevas verdades han sido dadas a conocer.

Honda fue la impresión que produjo en la asamblea el discurso del legado. Lutero no estuvo presente para refutar los cargos del campeón papal con las verdades convincentes y sencillas de la **Palabra de Dios [YAHWEH]**. Ningún esfuerzo se hizo para defender al reformador. Bien se echó de ver una disposición general no sólo para condenarlo junto con las doctrinas que enseñaba, sino para arrancar de raíz la herejía. Roma había disfrutado de la oportunidad más favorable para defender su causa; todo cuanto hubiera podido decirse en defensa suya había sido dicho. Pero aquella victoria aparente no fue sino la señal de la derrota.

Desde aquel día el contraste entre la verdad y el error iba a resaltar más y más, porque la lucha entre ambos quedaba resueltamente empeñada. Nunca desde aquel momento iba a quedar Roma tan segura como antes lo estuviera.

En tanto que la mayoría de los miembros de la dieta no hubieran vacilado en entregar a Lutero a la venganza de Roma, **no eran pocos los que echaban de ver con dolor la corrupción que prevalecía en la iglesia, y deseaban que se concluyera con los abusos que sufría el pueblo alemán a consecuencia de la degradación e inmoralidad del clero.** El legado había presentado al gobierno del papa del modo más favorable. Pero entonces el Señor [YAHWEH] movió a uno de los miembros de la dieta a que hiciese una **verdadera exposición de los efectos de la tiranía papal.** Con noble firmeza el duque Jorge de Sajonia se levantó ante aquella asamblea de príncipes y expuso con aterradora exactitud los engaños y las abominaciones del papado y sus fatales consecuencias. En conclusión añadió: **“He aquí indicados algunos de los abusos de que acusan a Roma. Han echado a un lado la vergüenza, y no se aplican más que a una cosa - ¡al dinero! ¡todavía más dinero! - de modo que los predicadores que debieran enseñar la verdad, no predicán sino la mentira; y no solamente son tolerados, sino también recompensados, porque cuanto más mientan, tanto más ganan. De esta fuente cenagosa es de donde dimanán todas esas aguas corrompidas. El desarreglo conduce a la avaricia. ... ¡Ah! es un escándalo que da el clero, precipitando así tantas almas a una condenación eterna. Se debe efectuar una reforma universal.”** (D'Aubigné, l. 7, cap. 4.)

Lutero mismo no hubiera podido hablar con tanta maestría y con tanta fuerza contra los abusos de Roma; y la circunstancia de ser el orador un declarado enemigo del reformador daba más valor a sus palabras.

De haber estado abiertos los ojos de los circunstantes, habrían visto allí a los ángeles de Dios arrojando rayos de luz para disipar las tinieblas del error y abriendo las mentes y los corazones de todos, para que recibiesen la verdad. Era el poder del Dios de verdad y de sabiduría el que dominaba a los mismos adversarios de la Reforma, preparando así el camino para la gran obra que iba a realizarse. Martín Lutero no estaba presente, pero la voz de Uno más grande que Lutero se había dejado oír en la asamblea.

La dieta nombró una comisión encargada de sacar una lista de todas las opresiones papales que agobiaban al pueblo alemán. Esta lista, que contenía ciento una especificaciones, fue presentada al emperador, acompañada de una solicitud en que se le pedía que tomase medidas encaminadas a reprimir estos abusos. **“¡Cuántas almas cristianas se pierden!” decían los solicitantes “¡cuántas rapiñas! ¡cuántas exacciones exorbitantes! ¡y de cuántos escándalos está rodeado el jefe de la cristiandad! Es menester precaver la ruina y el vilipendio de nuestro pueblo. Por esto unánimemente os suplicamos sumisos, pero con las más vivas instancias, que ordenéis una reforma general, que la emprendáis, y la acabéis.”** (D'Aubigné, l. 7, cap. 4.)

El concilio pidió entonces que compareciese ante él el reformador. A pesar de las intrigas, protestas y amenazas de Aleandro, el emperador consintió al fin, y Lutero fue citado a comparecer ante la dieta. Con la notificación se expidió también un salvoconducto que garantizaba al reformador su regreso a un lugar seguro. Ambos documentos le fueron entregados por un heraldo que recibió el encargo de conducir a Lutero de Wittenberg a Worms.

Los amigos de Lutero estaban espantados y desesperados. Sabedores del prejuicio y de la enemistad que contra él reinaban, pensaban que ni aun el salvoconducto sería respetado, y le aconsejaban que no expusiese su vida al peligro. Pero él replicó: **“Los papistas ... no deseaban que yo fuese a Worms, pero sí, mi condenación y mi muerte. ¡No importa! rogad, no por mí, sino por la Palabra de Dios [YAHWEH]. ... Cristo [El Mesías] me dará su Espíritu para vencer a estos ministros del error. Yo los desprecio durante mi vida, y triunfaré de ellos con mi muerte. En Worms se agitan**



**para hacer que me retracte. He aquí cuál será mi retractación. En otra ocasión dije, que el papa era el vicario de Cristo; ahora digo que es el adversario del Cristo/Mesías (Señor), y el apóstol del diablo.”** (D'Aubigné, l. 7, cap. 6.)

Lutero no iba a emprender solo su peligroso viaje. Además del mensajero imperial, se decidieron a acompañarle tres de sus más fieles amigos. Melancton deseaba ardientemente unirse con ellos. Su corazón estaba unido con el de Lutero y se desvivía por seguirle, aun hasta la prisión o la muerte. Pero sus ruegos fueron inútiles. Si sucumbía Lutero, las esperanzas de la Reforma quedarían cifradas en los esfuerzos de su joven colaborador. Al despedirse de él, dijole el reformador: **“Si yo no vuelvo, caro hermano, y mis enemigos me matan, no ceses de enseñar la verdad y permanecer firme en ella. ... Trabaja tú mismo en mi lugar. Si tú vives, poco importa que yo perezca.”** (Idem, l. 7, cap. 7.) Los estudiantes y los vecinos que se habían reunido para ver partir a Lutero estaban hondamente conmovidos. **Una multitud de personas cuyos corazones habían sido tocados por el evangelio, le dieron la despedida en medio del llanto y de la aflicción.** Así salieron de Wittenberg el reformador y sus acompañantes.

En el camino notaron que siniestros presentimientos embargaban los corazones de cuantos hallaban al paso. En algunos puntos no les mostraron atención alguna. En uno de ellos donde pernoctaron, un cariñoso sacerdote manifestó sus temores al reformador, enseñándole el retrato de un reformador italiano que había padecido el martirio. A la mañana siguiente se supo que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. Los pregoneros del emperador publicaban su decreto y obligaban al pueblo a que entregase a los magistrados las obras del reformador. Asustado el heraldo, temiendo por la seguridad de Lutero en la dieta y creyendo que ya empezaba a cejar en su propósito de acudir a la dieta, le preguntó si estaba aún resuelto a seguir adelante. Lutero contestó: **“¡Aunque se me ha puesto entredicho en todas las ciudades, continuaré !”** (D'Aubigné, l. 7, cap. 7.)

En Erfurt, Lutero fue recibido con honra. Rodeado por multitudes que lo admiraban, cruzó aquellas mismas calles que antes recorriera tan a menudo con su bolsa de limosnero. Visitó la celda de su convento y meditó en las luchas mediante las cuales la luz que ahora invadía a la Alemania había penetrado en su alma. Deseaban oírle predicar. **Esto le era prohibido, pero el heraldo dió su consentimiento y el mismo que había sido mozo de aquella iglesia, ocupó ahora el púlpito.**

Habló a la vasta concurrencia de las palabras de Cristo [del Mesías]: **“La paz sea con vosotros.” “Todos los filósofos,”** decía, **“los doctores y los escritores han intentado demostrar cómo puede el hombre alcanzar la vida eterna, y no lo han conseguido. Yo quiero explicaros el cómo. ... Dios resucitó a un Hombre, a Jesu-Cristo nuestro Señor, por quien, anonada la muerte, destruye el pecado y cierra las puertas del infierno. He aquí la obra de salvación. ... ¡Jesu-Cristo ha vencido! ¡he aquí la grata nueva! y somos salvos por su obra, y no por las nuestras. ... Nuestro Señor Jesu-Cristo dice: ‘La paz sea con vosotros! mirad mis manos;’ es decir: Mira, ¡oh hombre! yo soy, yo solo soy quien he borrado tus pecados y te he rescatado. ¡Por esto tienes ahora la paz! dice el Señor.”**

Y siguió explicando cómo la verdadera fe se manifiesta en una vida santa: **“Puesto que Dios nos ha salvado,”** dijo, **“obremos de un modo digno de su aprobación. ¿Eres rico? - ¡que tus bienes asirvan los pobres! ¿Eres pobre? - ¡que tu labor sirva a los ricos! Si tu trabajo no es útil más que para ti mismo, el servicio que pretendes hacer a Dios no es más que mentira.”** (D'Aubigné, l. 7, cap. 7.)

El pueblo escuchaba embelesado. El pan de vida fue repartido a aquellas almas hambrientas. Cristo [El Mesías] fue ensalzado ante ellas por encima de papas, legados, emperadores y reyes. No dijo ni una palabra tocante a su peligrosa situación. No pretendía hacerse a sí mismo objeto de los pensamientos y de las simpatías. En la contemplación de Cristo se perdía de vista a sí mismo. Se ponía detrás del Hombre del Calvario, procurando sólo presentar a Jesús [Yahshua] como Redentor de los pecadores.

El reformador prosiguió su viaje siendo agasajado en todas partes y considerado con grande interés. Las gentes salían presurosas a su encuentro, y algunos amigos le ponían en guardia contra el propósito hostil que respecto de él acariciaban los romanistas. **“Os echarán en una hoguera,”** le decían, **“y os reducirán a**

**cenizas como lo hicieron con Juan Hus.”** El contestaba: **“Aun cuando encendiesen un fuego que se extendiera desde Worms hasta Wittenberg, y que se elevara hasta el cielo, lo atravesaría en nombre del Señor; compareceré ante ellos, entraré en la boca de ese Behemoth, romperé sus dientes, y confesaré a nuestro Señor Jesu-Cristo.”** (D’Aubigné, l. 7, cap. 7.)

Al tener noticias de que se aproximaba a Worms, el pueblo se conmovió. Sus amigos temblaron recelando por su seguridad; los enemigos temblaron porque desconfiaban del éxito de su causa. Se hicieron los últimos esfuerzos para disuadir a Lutero de entrar en la ciudad. Por instigación de los papistas se le obligó a hospedarse en el castillo de un caballero amigo, en donde, se aseguraba, todas las dificultades podían arreglarse pacíficamente. Los amigos se esforzaron en aumentarle el medio describiéndole los peligros que le amenazaban. Todos sus esfuerzos fracasaron. Lutero sin inmutarse, dijo: **“Aunque haya tantos diablos en Worms cuantas tejas hay en los techos, yo entraré allí.”** (D’Aubigné, l. 7, cap. 7.)

Al llegar a Worms una enorme muchedumbre se agolpó a las puertas de la ciudad para darle la bienvenida. No se había reunido un concurso tan grande para saludar la llegada del emperador mismo. La agitación era intensa, y de en medio del gentío salió una voz fúnebre y lastimera que celebraba el oficio de difuntos, como tratando de avisar a Lutero de la suerte que le estaba reservada. **“Dios será mi defensa,”** dijo él al apearse de su carro.

Los papistas no creían que Lutero se atrevería a comparecer en Worms, y su llegada a la ciudad fue para ellos motivo de profunda consternación. El emperador citó inmediatamente a sus consejeros para acordar lo que debía hacerse. Uno de los obispos, fanático papista, dijo: *“Mucho tiempo hace que nos hemos consultado sobre este asunto. Que vuestra majestad imperial se deshaga pronto de ese hombre. Segismundo, ¿no hizo quemar a Juan Hus? Nadie está obligado a conceder ni a respetar un salvoconducto dado a un hereje.”* **“No,”** dijo el emperador; **“lo que uno ha prometido es menester cumplirlo.”** (D’Aubigné, l. 7, cap. 8.) Se convino entonces en que el reformador sería oído.

Todos ansiaban ver a aquel hombre tan notable, y en inmenso número se agolparon junto a la casa en donde se hospedaba. Hacía poco que Lutero se había repuesto de la enfermedad que poco antes le aquejara; estaba debilitado por el viaje que había durado dos semanas enteras; debía prepararse para los animados acontecimientos del día siguiente y necesitaba quietud y reposo. Era tan grande la curiosidad que tenían todos por verlo, que no bien había descansado unas pocas horas cuando llegaron a la posada de Lutero condes, barones, caballeros, hidalgos, eclesiásticos y ciudadanos que ansiaban ser recibidos por él. Entre estos visitantes se contaban algunos de aquellos nobles que con tanta bizarría pidieran al emperador que emprendiera una reforma de los abusos de la iglesia, y que, decía Lutero, **“habían sido libertados por mi evangelio.”** (Martyn, *“Life and Times of Luther,”* pág. 393.) Todos, amigos como enemigos, venían a ver al atrevido monje que los recibía con inalterable serenidad y que a todos contestaba con saber y dignidad. Su ademán era distinguido y resuelto. Su rostro delicado y pálido ostentaba huellas de cansancio y enfermedad, a la vez que expresaba mezcla de bondad y gozo. Sus palabras, que llevaban impreso el sello de profunda gravedad, le daban tanto prestigio que sus mismos enemigos no podían resistirle. Amigos y enemigos estaban maravillados. Algunos estaban convencidos de que le asistía una fuerza divina; otros decían de él lo que los fariseos decían de Cristo [del Mesías]: *“que tenía demonio.”*

Al día siguiente de su llegada Lutero fue citado a comparecer ante la dieta. Se nombró a un dignatario imperial para que lo condujese a la sala de audiencias, a la que llegaron no sin dificultad. Todas las calles estaban obstruidas por el gentío que se agolpaba en todas partes, curioso de conocer al monje que se había atrevido a resistir la autoridad del papa.

En el momento en que entraba en la presencia de sus jueces, un viejo general, héroe de muchas batallas, le dijo en tono bondadoso: **“¡Pequeño fraile! ¡pequeño fraile! ¡tienes en tu presencia una empresa tan ardua, que ni yo ni otros capitanes hemos visto jamás tal en nuestros más sangrientos combates! Sin embargo, si tu causa es justa, y si estás convencido de ello, ¡avanza en nombre de Dios, y nada temas! ¡Dios no te abandonará!”** (D’Aubigné, lib. 7, cap. 8.)

Abriéronse por fin ante él las puertas del concilio. El emperador ocupaba el trono, rodeado de los más ilustres personajes del imperio. Ningún hombre compareció jamás ante una asamblea tan imponente como aquella ante la cual compareció Martín Lutero para dar cuenta de su fe.

**“Esta comparecencia era ya un manifiesto triunfo conseguido sobre el papismo. El papa había condenado a este hombre; y este hombre se hallaba ante un tribunal que se colocaba así sobre el papa. El papa le ha suspendido y expulsado de toda sociedad humana; y él se ve convocado con términos honrosos, e introducido ante la más augusta asamblea del universo. El papa le ha impuesto silencio; él iba a hablar delante de miles de oyentes reunidos de los países remotos de la cristiandad. Una revolución sin límites se había de este modo cumplido así por medio de Lutero. Roma bajaba ya de su trono, y es la palabra de un fraile la que la hace (hacía) descender.”** (D’Aubigné, lib. 7, cap. 8.)

Al verse ante tan augusta asamblea, el reformador de humilde extracción pareció sentirse cohibido. Algunos de los príncipes, observando su emoción, se acercaron a él y uno de ellos le dijo al oído: **“No temáis a aquellos que no pueden matar más que el cuerpo y que nada pueden contra el alma.”** [Mat. 10:28] Otro añadió también: **“Cuando os entregaren ante los reyes y los gobernadores, no penséis cómo o qué habéis de hablar; el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.”** [Marc. 13:11] Así es como las palabras de Cristo [del Mesías] fueron recordadas por los grandes de la tierra para fortalecer al siervo fiel en la hora de la prueba.

Lutero fue colocado al frente mismo del trono del emperador. Un profundo silencio reinó en la numerosa audiencia. En seguida un alto dignatario se puso en pie y señalando una colección de los escritos de Lutero, exigió que el reformador contestase dos preguntas siguientes: - si reconocía aquellas obras como suyas, y si estaba dispuesto a retractar el contenido de ellas. Habiendo sido leídos los títulos de los libros, Lutero dijo que sí los reconocía como suyos. **“Tocante a la segunda pregunta,”** añadió, **“atendido que esta es una pregunta que concierne a la fe y a la salvación de las almas, en la que se halla interesada la Palabra de D-os [YAHWEH], a saber el más grande y precioso tesoro que existe en los cielos y en la tierra, obraría yo imprudentemente si respondiera sin reflexión. Yo pudiera afirmar menos de lo que se me pide, o más de lo que exige la verdad, y hacerme así culpable contra esta palabra de Cristo: El que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos.”** [S. Mateo 10:33.] **Por esta razón, suplico a su majestad imperial, con toda sumisión, se digne concederme tiempo, para que pueda yo responder sin manchar la Palabra de D-os [YAHWEH].”** (D’Aubigné, l. 7, cap. 8.)

Lutero obró discretamente al hacer esta súplica. Sus palabras convencieron a la asamblea de que él no hablaba movido por pasión ni arrebato. Esta reserva, esta calma tan sorprendente en semejante hombre, centuplica su fuerza, y le prepara para contestar más tarde con una sabiduría, una firmeza y una dignidad que frustrarán las esperanzas de sus adversarios y confundirán su malicia y su orgullo.

Al día siguiente debía comparecer de nuevo para dar su respuesta final. Por unos momentos latía el corazón al verse en presencia de tantas fuerzas que hacían causa común contra la verdad. Flaqueaba su fe; sintióse presa del temor y horror. Parecía que los peligros se multiplicaban ante su vista y parecía que sus enemigos estaban cercanos al triunfo, y creyó ver que los poderes de las tinieblas prevalecían. Las nubes se amontonaron sobre su cabeza y le ocultaron la faz de Dios. Deseaba con ansia estar seguro de que **YAHWEH Zebaoth** (el Señor) (de los ejércitos) le ayudaría. Con el ánimo angustiado se postró en el suelo, y con gritos entrecortados que no se podrían comprender si no se representase uno la angustia del corazón de donde se exhalaban para elevarse a Dios, exclamó:

**“¡Dios todopoderoso! ¡Dios eterno! ¡cuán terrible es el mundo! ¡cómo abre la boca para tragarme! ¡y qué débil es la confianza que tengo en ti! ... Si debo confiar en lo que es**

poderoso según el mundo, ¡estoy perdido! ¡Está tomada la última resolución, y está pronunciada la sentencia! ... ¡Oh Dios mío! ¡Asísteme contra toda la sabiduría del mundo! Hazlo ... tú solo ... porque no es obra mía sino tuya. ¡Nada tengo que hacer aquí, nada tengo que combatir contra estos grandes del mundo! ... ¡Mas es tuya la causa, y ella es justa y eterna! ¡Oh Señor [YAHWEH]! ¡sé mi ayuda! ¡Dios fiel, Dios inmutable! ¡No confío en ningún hombre, pues sería en vano! por cuanto todo lo que procede del hombre fallece.... Me elegiste para esta empresa. ... Permanece a mi lado en nombre de tu Hijo muy amado, Jesu-Cristo [Yahshua el Mesías], el cual es mi defensa, mi escudo y mi fortaleza.” (D’Aubigné, l. 7, cap. 8.)

Una sabia providencia permitió a Lutero apreciar debidamente el peligro que le amenazaba, para que no confiase en su propia fuerza y se arrojase al peligro con temeridad y presunción. Sin embargo no era el temor del dolor corporal, ni de las terribles torturas que le amenazaban, ni la misma muerte que parecía tan cercana, lo que le abrumaba y le llenaba de terror. Y es que había llegado al momento crítico y no se sentía capaz de resistencia alguna. Temía que por su debilidad la causa de la verdad se malograra. No alegaba con Dios por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio. La angustia que sintiera Israel en aquella lucha nocturna que sostuviera a orillas del arroyo solitario, era la que él sentía en su alma. Y lo mismo que Israel, Lutero prevaleció con Dios. **En su desamparo su fe se cifró en Cristo [el Mesías] el poderoso libertador. Sintióse fortalecido con la plena seguridad de que no comparecería solo ante el concilio. La paz volvió a su alma e inundóse de gozo su corazón al pensar que iba a ensalzar a Cristo [al Mesías] ante los gobernantes de la nación.**

Con el ánimo puesto en Dios dispúsose Lutero a hacer frente a la lucha que le aguardaba. Meditó un plan de defensa, examinó pasajes de sus propios escritos y sacó pruebas de las Santas Escrituras para sustentar sus proposiciones. En seguida, colocando su mano izquierda sobre la Biblia, levantó la diestra hacia el cielo y juró **“permanecer fiel al evangelio, y confesar libremente su fe, aunque tuviese que sellar su confesión con su sangre.”** (D’Aubigné, l. 7, cap. 8.)

Al ser introducido nuevamente ante la dieta, no revelaba su semblante sombra alguna de temor ni de cortedad. Sereno y manso, a la vez que valiente y digno, presentóse como testigo de Dios entre los poderosos de la tierra. El canciller le exigió que dijese si se retractaba de sus doctrinas. Lutero respondió del modo más sumiso y humilde, sin violencia ni apasionamiento. Su porte era correcto y respetuoso si bien revelaba en sus modales una confianza y un gozo que llenaban de sorpresa a la asamblea.

**“¡Serenísimo emperador! ¡ilustres príncipes, benignísimos señores!”** dijo Lutero. **“Comparezco humildemente hoy ante vos, según la orden que se me comunicó ayer, suplicando por la misericordia de Dios, a vuestra majestad y a vuestras augustas altezas, se dignen escuchar bondadosamente la defensa de una causa de que tengo (la) convicción que es justa y verdadera. Si faltó por ignorancia a los usos y propiedad de las cortes, perdonádmelo; pues no he sido educado en los palacios de los reyes, sino en la obscuridad del claustro.”** (D’Aubigné, l. 7, cap. 8.)

Entrando luego en el asunto pendiente, hizo constar que los escritos suyos no eran todos del mismo carácter. En algunos había tratado de la fe y de las buenas obras y aun sus enemigos los declaraban no sólo inofensivos, sino hasta provechosos. **Retractarme de ellos, decía, sería condenar verdades que todo el mundo se gozaba en confesar. En otros escritos exponía los abusos y la corrupción del papado.** Revocar lo que había dicho sobre el particular equivaldría a infundir nuevas fuerzas a **la tiranía de Roma** y a abrir a tan **grandes impiedades** una puerta aun más ancha. Finalmente había una tercera categoría de escritos en que atacaba a simples particulares que querían defender los males reinantes. En cuanto a esto confesó francamente que los había atacado con más acritud de lo debido. **No se declaró inocente, pero tampoco podía retractar dichos libros, sin envalentonar a los enemigos de la verdad,**

dándoles ocasión para despedazar con mayor crueldad al pueblo de Dios.

“Sin embargo,” añadió, “soy un simple hombre, y no Dios; por consiguiente me defenderé como lo hizo Jesu-Cristo, que decía: ‘Si he hablado mal, dadme testimonio del mal.’ [Juan 18:23.] ... Os conjuro por el Dios de las misericordias, a vos, serenísimo emperador y a vosotros, ilustres príncipes, y a todos los demás, de alta o baja graduación, a que me probéis, por los escritos de los profetas y de los apóstoles, que he errado. Así que me hayáis convencido, retractaré todos mis errores y seré el primero en echar mano de mis escritos para arrojarlos a las llamas.

“Lo que acabo de decir muestra claramente que he considerado y pesado bien los peligros a que me expongo; pero lejos de acobardarme, es para mí motivo de gozo ver que el evangelio es hoy día lo que antes, una causa de disturbio y de discordia. Este es el carácter y el destino de la Palabra de Dios [YAHWEH]. ‘No vine a traer paz, sino guerra,’ dijo Jesu-Cristo [Mat. 10:34]. Dios es admirable y terrible en sus juicios; temamos que al pretender reprimir las discordias, persigamos la Palabra de Dios [YAHWEH], y hagamos llover sobre nosotros un diluvio de irresistibles peligros, desastres presentes y desolaciones eternas. ... Yo pudiera citar ejemplos sacados de la Sagrada Escritura; pudiera hablaros de Faraón, de los reyes de Babilonia y de los de Israel, quienes jamás trabajaron con más eficacia a su ruina, que cuando por consejos en apariencia muy sabios, pensaban consolidar su imperio. Dios ‘remueve las montañas y las derriba antes que lo perciban.’” (D’Aubigné, l. 7, cap. 8.)

Lutero había hablado en alemán; se le suplicó que repitiera su discurso en latín. Y aunque ya rendido por el primer esfuerzo, hizo una pausa, tomó de nuevo la palabra y repitió su discurso en latín, con la misma energía y claridad que la primera vez. La providencia de Dios le dirigía en este asunto. **La mente de muchos de los príncipes estaba tan cegada por el error y la superstición que la primera vez no apreciaron la fuerza de los argumentos de Lutero; pero al repetirlos el orador pudieron darse mejor cuenta de los puntos desarrollados por él.**

Aquellos que cerraban obstinadamente los ojos para no ver la luz, resueltos ya a no aceptar la verdad, estaban llenos de rabia al oír las poderosas palabras de Lutero. Tan luego como hubo dejado de hablar, el que tenía que contestar en nombre de la dieta le dijo con indignación: “*No habéis respondido a la pregunta que se os ha hecho. ... Se exige de vos una respuesta clara y precisa. ¿Queréis retractaros, sí o no?*”

El reformador contestó: “**Ya que su serenísima majestad y sus altezas exigen de mí una respuesta sencilla, clara y precisa, voy a darla, y es ésta: Yo no puedo someter mi fe ni al papa ni a los concilios, porque es tan claro como la luz del día que ellos han caído muchas veces en el error, y al mismo tiempo en muchas contradicciones consigo mismos. Por lo cual, si no se me convence con testimonios bíblicos, o con razones evidentes, y si no se me persuade con los mismos textos que yo he citado, y si no convierten con esto mi conciencia a la Palabra de Dios [YAHWEH], yo no puedo ni quiero retractar nada, por no ser digno de un cristiano hablar contra su conciencia. Heme aquí; no me es dable hacerlo de otro modo. ¡Que Dios me ayude! ¡Amén!**” (D’Aubigné, l. 7, cap. 8.)

Así es como se sostuvo este hombre recto en el firme fundamento de la Palabra de Dios [YAHWEH]. La luz del cielo iluminó su rostro. La grandeza y pureza de su carácter, el gozo y la paz de su corazón eran manifiestos a todos los que le oían dar su testimonio contra el error, y vieron en él esa fe que vence al mundo.

La asamblea quedó un rato muda de asombrada. La primera vez había hablado Lutero en tono respetuoso, en voz baja y en actitud sumisa. Los romanistas habían interpretado estos rasgos como prueba evidente de que su valor empezaba a faltarle. Se habían figurado que el pedir un plazo para dar su

contestación equivalía a una señal precursora de su retractación. Carlos mismo, al notar no sin desprecio el hábito raído del fraile, su actitud tan llana, la sencillez de su oración, había exclamado: **“Por cierto no será jamás este hombre (monje) el que me convierta en hereje.”** Empero el valor y la energía que esta vez desplegara, así como la fuerza y la claridad de sus argumentaciones, los dejaron a todos sorprendidos. El emperador, lleno de admiración, exclamó entonces: **“El fraile habla con un corazón intrépido y con inmutable valor.”** Muchos de los príncipes alemanes veían con orgullo y satisfacción a este representante de su raza.

Los partidarios de Roma estaban anonadados; veían su causa bajo un aspecto muy desfavorable. Procuraron conservar su poderío, no por medio de las Escrituras, sino apelando a las amenazas, como lo hace siempre Roma en semejantes casos. El orador de la dieta dijo: *“Si no te retractas, el emperador y los estados del imperio verán lo que debe hacerse con un hereje obstinado.”*

Los amigos de Lutero, que habían oído su noble defensa, poseídos de sincero regocijo, temblaron al oír las palabras del orador oficial; pero el doctor mismo, con toda calma, repuso: **“¡Dios me ayude! porque de nada puedo retractarme.”** (D'Aubigné, l. 7, cap. 8.).

Obligaron a Lutero a que se retirase mientras los príncipes deliberaban. Todos se daban cuenta de que se pasaba por un gran crisis. **La persistente negativa de Lutero a someterse debía afectar la historia de la iglesia por muchos siglos.** Se acordó darle otra oportunidad para retractarse. Por última vez le hicieron entrar de nuevo en la sala. Se le volvió a preguntar si renunciaba a sus doctrinas. Él contestó: **“Yo no tengo otra respuesta que dar, que la que he dado.”** Era ya bien claro y evidente que no podían inducirle a ceder, ni de grado ni por fuerza, a las exigencias de Roma.

Los caudillos papales estaban acongojados porque su poder que hacía temblar a los reyes y a los nobles, era así despreciado por un pobre monje, y se propusieron hacerle sentir su ira, entregándole al tormento. Pero Lutero habiendo advertido este peligro habló a todos con dignidad y serenidad cristiana. Sus palabras no revelaban orgullo, pasión ni falsedad. Se había perdido de vista a sí mismo y a los grandes hombres que le rodeaban, y sólo sintía que se hallaba en presencia de Uno que era infinitamente superior a los papas, a los prelados, a los reyes y a los emperadores. Cristo mismo había hablado por medio del testimonio de Lutero con tal poder y grandeza, que tanto en los amigos como en los adversarios despertó espanto y asombro. El Espíritu de Dios había estado presente en aquel concilio impresionando vivamente los corazones de los jefes del imperio. Varios príncipes reconocieron sin embozo la justicia de la causa del reformador. **Muchos se convencieron de la verdad; pero otros no perseveraron fieles a ella por no haberles durado la primera impresión que al ser expuesta les causara.** Había otros que en aquel momento no manifestaron sus convicciones, pero que, habiendo estudiado las Escrituras después, vinieron a ser intrépidos sostenedores de la Reforma.

El elector Federico esperó con ansiedad la comparecencia de Lutero ante la dieta y escuchó su discurso con profunda emoción. Experimentó regocijo y orgullo al presenciar el valor del fraile, su firmeza y el modo en que se mostraba dueño de sí mismo, y se propuso adherirse más estrechamente a él, trabajando por su defensa. Comparó entre sí a ambas partes contendientes, y de la comparación sacó en limpio que la sabiduría de los papas, de los reyes y de los prelados es absolutamente nula ante el poder de la verdad. **El papado había sufrido una derrota que iba a dejarse sentir en todas las naciones al través de los siglos.**

Al notar el legado el efecto que produjeran las palabras de Lutero, temió, como nunca había temido, por la seguridad del poder papal, y resolvió echar mano de todos los medios que estuviesen a su alcance para dar buena cuenta del reformador. Con toda la elocuencia y la habilidad diplomática que le eran propias y le daban algún prestigio, le pintó al joven emperador la insensatez y el peligro de sacrificar, en favor de un insignificante fraile, la amistad y el sostén de la poderosa sede de Roma.

Sus palabras no fueron inútiles. El día después de la respuesta de Lutero, Carlos mandó a la dieta un

mensaje en que manifestaba su determinación de seguir la política de sus antecesores de sostener y proteger la religión romana. Ya que Lutero se negaba a renunciar (a) sus errores, se tomarían contra él las medidas más enérgicas y asimismo contra las herejías que enseñaba. *“Un solo fraile, extraviado por su propia locura, se levanta contra la fe de la cristiandad. Sacrificaré mis reinos, mi poder, mis amigos, mis tesoros, mi cuerpo, mi sangre, mi espíritu y mi vida para contener esta impiedad. Voy a despedir al agustino Lutero, prohibiéndole causar el más leve tumulto entre el pueblo; en seguida procederé contra él y sus secuaces, como contra herejes declarados, por medio de la excomunión, de la suspensión y por todos los medios convenientes para destruirlos. Pido a los miembros de los estados que se conduzcan como fieles cristianos.”* (D’Aubigné, l. 7, cap. 9.) No obstante el emperador declaró que el salvoconducto de Lutero debía ser respetado y que antes de que se tolerase que procediesen contra él, debía dejársele llegar a su casa sano y salvo.

Eran dos opiniones encontradas las que dividían a los miembros de la dieta. Los emisarios y representantes del papa solicitaban que el salvoconducto del reformador fuera violado. *“El Rin,”* decían, *“debe recibir sus cenizas, como recibió hace un siglo las de Juan Hus.”* (D’Aubigné, l. 7, cap. 9.) Pero los príncipes alemanes, si bien papistas y enemigos jurados de Lutero, se opusieron contra tal deshonor de la fe pública, alegando que aquello sería un baldón en el honor de la nación. Recordaron las calamidades que habían sobrevenido por la muerte de Juan Hus y declararon que ellos no se atrevían a acarrearlas a Alemania ni a su joven emperador.

Carlos mismo, cuando le proponían que procediera contra Lutero, dijo: **“Aun cuando la buena fe y la fidelidad fuesen desterradas del universo, deberían hallar cabida en el corazón de los príncipes.”** (D’Aubigné, l. 7, cap. 9.) Pero el enemigo más encarnizados de Lutero siguió hostigando al monarca para que hiciera con el reformador lo que Segismundo hiciera con Hus - abandonarle a la misericordia de la iglesia; pero Carlos V recordando la escena en que Hus, señalando las cadenas que le aherrojaban, le recordó al monarca su palabra que había sido quebrantada, contestó: **“Yo no quiero sonrojarme como Segismundo.”** (Véase Lenfant, *“Histoire du Concile de Constance,”* tomo 1, l. 3, pág. 404 {Amsterdam, 1727}.)

Carlos empero había rechazado deliberadamente las verdades expuestas por Lutero. **“Estoy firmemente resuelto a seguir el ejemplo de mis antepasados,”** había escrito el emperador. (D’Aubigné, lib. 7, cap. 9.) Estaba decidido a no salirse del sendero de la costumbre, ni siquiera para ir por el camino de la verdad y de la rectitud. Por la razón de que sus padres lo habían hecho, él también sostendría al papado y toda su crueldad y corrupción. De modo que se dispuso a no aceptar más luz que la que habían recibido sus padres y a no hacer cosa que ellos no hubiesen hecho.

**Hay muchos que en la actualidad dependen de las costumbres y tradiciones de sus padres.** Cuando el Señor [YAHWEH] les dispensa alguna nueva luz se niegan a aceptarla porque no les fue concedida a sus padres, ó porque ellos tampoco la recibieron. Nosotros no estamos en la misma situación que ellos, y por consiguiente, nuestros deberes y responsabilidades no son los mismos tampoco. No nos aprobará Dios si miramos el ejemplo de nuestros padres para tomar una determinación respecto de nuestro deber, en vez de escudriñar la Biblia por nosotros mismos. **Nuestra responsabilidad es más grande que la de nuestros antepasados.** Somos deudores por la luz que recibieron ellos y que nos entregaron como herencia, y deudores por la mayor luz que nos alumbra hoy procedente de la **Palabra de Dios** [YAHWEH].

Cristo [El Mesías] dijo a los incrédulos judíos: **“Si yo no hubiera venido, y les hubiera hablado, no hubieran tenido pecado; mas ahora no tienen excusa por su pecado.”** (S. Juan 15:22.) El mismo poder divino habló por boca de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Y mientras la luz resplandecía procedente de la **Palabra de Dios** [YAHWEH], su Espíritu alegó por última vez con muchos de los que se hallaban en aquella asamblea. Así como Pilato, siglos antes, permitiera que el orgullo y la popularidad le cerraran el corazón para que no recibiera al Redentor del mundo; y así como el cobarde Félix rechazara el

mensaje de verdad, diciendo: **“¡Por ahora véte; cuando tuviere un tiempo conveniente, te enviaré a llamar!”** (Hechos 24:25.) y así como el orgulloso Agripa confesara: **“¡Con poca me persuasión quisieras hacerme cristiano!”** (Hechos 26:28) desechando el mensaje que le era enviado del cielo - así también Carlos V, cediendo a las instancias del orgullo y de la política del mundo, se resolvió a rechazar la verdad.

Corrían por todas partes muchos rumores de los proyectos hostiles a Lutero y despertaban gran agitación en la ciudad. Lutero se había conquistado muchos amigos que, sabiendo lo que era la traidora crueldad de Roma para con los que se atrevían a sacar a luz sus corrupciones, resolvieron evitar a todo trance que él fuese sacrificado. Centenares de nobles se presentaron para protegerle. No pocos denunciaban públicamente el mensaje imperial como prueba evidente de humillante sumisión al poder de Roma. Se fijaron pasquines en las puertas de las casas y en las plazas públicas, unos contra Lutero y otros en favor de él. En uno de ellos se leían sencillamente estas enérgicas palabras del sabio: **“¡Ay de ti, oh tierra, cuyo rey es un niño!”** (Eclesiastés 10:16.) **El entusiasmo que el pueblo en favor de Lutero en todas partes del imperio, dio a conocer a Carlos y a la dieta que si se cometía una imprudencia bien podrían quedar comprometidas la paz de la nación y la estabilidad del trono.**

Federico de Sajonia observó una bien estudiada reserva, ocultando cuidadosamente sus verdaderos sentimientos para con el reformador, y al mismo tiempo lo custodiaba con incansable vigilancia, observando todos sus movimientos y los de sus adversarios. Pero había muchos que no se cuidaban de ocultar su simpatía hacia Lutero. Era éste visitado por príncipes, condes, barones y otras personas de distinción, clérigos y laicos. **“El pequeño cuarto del doctor,”** escribía Spalatino, **“no podía contener a todos los que acudían a verle.”** (Martyn, Vol./tomo 1, pág. 404.) El pueblo también lo miraba como si fuese algo más que humano. Y aun los que no creían en sus enseñanzas, no podían menos que admirar en él aquella sublime integridad, por la cual desafiara la muerte con tanto que violar los dictados de su conciencia.

Se hicieron esfuerzos supremos para conseguir que Lutero consintiera en entrar en algún compromiso con Roma. Príncipes y nobles le manifestaron que si persistía en sostener sus opiniones contra la iglesia y los concilios, pronto se le haría desaparecer del suelo del imperio y que nadie le defendería. A esto respondió el reformador: **“El evangelio de Cristo no puede ser predicado sin escándalo. ¿Cómo es posible que este temor a la aprensión de los peligros me desprenda del Señor y de su Palabra divina, que es la única verdad? ¡No; antes daré mi cuerpo, mi sangre y mi vida!”** (D'Aubigné, lib. 7, cap. 10.)

Se le instó nuevamente a someterse al juicio del emperador, pues entonces no tendría nada que temer. **“Consiento de veras,”** dijo, **“en que el emperador, los príncipes y aun los más humildes cristianos, examinen y juzguen mis libros; pero bajo la condición de que tomarán por norma la Sagrada Escritura. Los hombres no tienen más que someterse a ella. Mi conciencia depende de ella, y soy esclavo de su observancia.”** (D'Aubigné, lib. 7, cap. 10.)

En respuesta a otra instancia, dijo: **“Consiento en renunciar al salvoconducto. Abandono mi persona y mi vida entre las manos del emperador, pero la Palabra de Dios [YAHWEH], ¡nunca!”** (D'Aubigné, lib. 7, cap. 10.) Expresó que estaba dispuesto a someterse al fallo de un concilio general, pero con la condición expresa de que el concilio juzgara según las Escrituras. **“En lo que se refiere a la Palabra de Dios [YAHWEH] y a la fe,”** añadió, **“cada cristiano es tan buen juez como el mismo papa secundado por un millón de concilios.”** (Martyn, Vol./tomo 1, pág. 410.) Finalmente los amigos y los enemigos de Lutero se convencieron de que todo esfuerzo encaminado a una reconciliación sería inútil.

Si el reformador hubiera cedido en un solo punto, Satanás y sus ejércitos habrían ganado la victoria. Pero su inquebrantable firmeza era el medio de emancipar a la iglesia y de iniciar una era nueva y mejor. **La influencia de este solo hombre que se atrevió a pensar y a obrar por sí mismo en materia de religión, iba a afectar a la iglesia y al mundo, no sólo en aquellos días sino en todas las generaciones futuras. Su fidelidad y su firmeza fortalecerían la resolución de todos aquellos que, al través de los tiempos, pasaran por experiencia semejante.** El poder y la majestad de Dios prevalecieron sobre los consejos de los hombres y sobre el gran poder de Satanás. Pronto le fue comunicada a Lutero la orden del emperador de que



volviese al lugar de su residencia, y él comprendió que aquel era un síntoma precursor de su condenación. Nubes amenazantes se cernían sobre su camino, pero, al salir de Worms, su corazón rebosaba de alegría y de alabanza. **“El mismo diablo,”** dijo él, **“custodiaba la ciudadela del papa; mas Cristo [el Mesías] la derribó y Satanás vencido se vio precisado a confesar que el Señor es más poderoso que él.”** (D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.)

Después de su partida, deseoso aún de manifestar que su firmeza no había que tomarla por rebelión, escribió Lutero al emperador, diciendo entre otras cosas: **“Dios, que es el que lee en el interior de los corazones, me es testigo de que estoy pronto a obedecer con diligencia a vuestra majestad, así en lo próspero como en lo adverso; ya por la vida, ya por la muerte; exceptuando sólo la Palabra de Dios [YAHWEH] por la que el hombre existe. En todas las cosas relativas al tiempo presente, mi fidelidad será perenne, puesto que en la tierra ganar o perder son cosas indiferentes a la salvación. Pero Dios prohíbe que en las cosas concernientes a los bienes eternos, el hombre se someta al hombre. La sumisión al mundo espiritual es un culto verdadero que no debe rendirse sino al Creador.”** (D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.)

En su viaje de regreso fue recibido en los pueblos del tránsito con más agasajos que los que se le tributaran al ir a Worms. Príncipes de la iglesia daban la bienvenida al excomulgado monje, y gobernantes y empleados civiles tributaban honores al hombre a quien el monarca había despreciado. Se le instó a que predicase, y a despecho de la prohibición imperial volvió a ocupar el púlpito. Dijo: **“Nunca he procurado yo que la Palabra de Dios sea encadenada, y nunca lo haré,”** decía Lutero. (Martyn, Vol./tomo 1, pág. 420.)

No hacía mucho aún que el reformador dejara a Worms, cuando los **papistas consiguieron del emperador que se expidiera un edicto contra él.** En este decreto se denunciaba a Lutero como *“el mismo Satanás bajo la figura humana y envuelto con la capilla de fraile.”* (D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.) Se ordenaba que tan pronto como dejara de ser valedero su salvoconducto, se tomaran medidas para detenerle en su obra. Se prohibía guarecerle, suministrarle alimento, bebida o socorro alguno, con obras o palabras, en público o en privado. Debería ser aprehendido, en cualquier parte en donde fuera hallado, y entregado a las autoridades. Sus secuaces tenían que ser aprehendidos también y sus bienes confiscados. Los escritos todos de Lutero debían ser aniquilados, y finalmente, cualquiera que osara obrar en contradicción con el decreto, sería considerado como incluido en las condenaciones del mismo. El elector de Sajonia y los príncipes más adictos a Lutero habían salido ya de Worms, y el decreto del emperador recibió la sanción de la dieta. Los romanistas no cabían de gozo. Consideraban que la suerte de la Reforma estaba ya sellada.

Dios había sin embargo provisto un medio de escape para su siervo en aquella hora de peligro. Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero y un corazón sincero y noble se había resuelto a ponerle a salvo. Fácil era echar de ver que Roma no había de quedar satisfecha sino con la muerte del reformador; y sólo ocultándose podía éste burlar las garras del león. Dios dio sabiduría a **Federico de Sajonia** para idear un plan para salvara la vida de Lutero. Ayudado por varios amigos verdaderos se llevó a cabo el propósito del elector, y Lutero fue efectivamente sustraído a la vista de amigos y enemigos. Al regresar a su residencia, se repentinamente envuelto, separado de sus acompañantes y llevado por fuerza a través de los bosques al **castillo de la Wartburg**, fortaleza que se alzaba sobre una montaña aislada. Tanto su secuestro como su escondite fueron rodeados de tanto misterio, que Federico mismo por mucho tiempo no supo dónde se hallaba el reformador. Esta ignorancia tenía un propósito: el de que por todo el tiempo que el elector no conociera las condiciones en que se hallaba el reformador, no pudiera revelar nada. Él mismo quedaba satisfecho con saber que Lutero estaba en sitio seguro.

Pasaron así la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno, y Lutero seguía aún secuestrado. Ya exultaban Alejandro y sus partidarios al considerar casi apagada la luz del evangelio. Pero, en vez de ser esto así, el reformador estaba llenando su lámpara en los almacenes de la verdad y su luz iba a brillar con deslumbrantes fulgores.

En la amigable seguridad que disfrutaba en la Wartburg, congratulábase Lutero por haber sido sustraído por algún tiempo al calor y al alboroto del combate. Pero no podía encontrar satisfacción en prolongado descanso. Acostumbrado a la vida activa y al rudo combate, no podía quedar mucho tiempo ocioso. En aquellos días de soledad, tenía siempre presente la situación de la iglesia, y exclamaba desesperado: **“¡Ay! ¡y que no haya nadie en este último día de su ira, que quede en pie delante del Señor [de YAHWEH] como un muro, para salvar a Israel!”** (D’Aubigné, *“Histoire de la Réformation du seizième siècle,”* {París, 1835-53}, lib. 9, cap. 2, pág. 14.) Y de nuevo volvían sus pensamientos sobre sí mismo y tenía miedo de ser tachado de cobardía por haber huído de la lucha. Se hacía también cargos a sí mismo por su indolencia y por la indulgencia con que se trataba a sí mismo. Y no obstante esto, estaba haciendo diariamente más de lo que hubiera podido hacer un hombre solo. Su pluma no permanecía nunca ociosa. **En el momento en que sus enemigos se congratulaban por el silencio que él guardaba, el asombro caía sobre ellos al comprobar las señales de vida que daba el reformador.** Un sinnúmero de tratados, debidos a su pluma, circulaban por toda la Alemania. También alcanzó en aquel mismo tiempo prestar valioso servicio a sus compatriotas, con la tradición que hizo al alemán del Nuevo Testamento. Desde su Patmos perdido entre riscos siguió casi un año proclamando el evangelio y censurando los pecados y los errores de su tiempo.

Pero no fue únicamente para preservar a Lutero de la ira de sus enemigos, ni para darle un tiempo de descanso en el que pudiese hacer estos importantes trabajos, para lo que Dios separó a su siervo del escenario de la vida pública. Había otros resultados más preciosos que alcanzar. En el descanso y en la obscuridad de su montaña solitaria, quedó Lutero sin auxilio humano y fuera del alcance de las alabanzas y de la admiración de los hombres. Así fue salvado del orgullo y de la confianza en sí mismo, que a menudo son frutos del éxito. Por medio del sufrimiento y de la humillación fue preparado para andar con firmeza en las vertiginosas alturas adonde había sido llevado de repente.

A la vez que los hombres se regocijan en la libertad que les da el conocimiento de la verdad, se sienten inclinados a ensalzar a aquellos de quienes Dios se ha valido para romper las cadenas de la superstición y del error. **Satanás procura distraer de Dios los pensamientos y los afectos de los hombres y hacer que se fijen en los agentes humanos; induce a los hombres a dar honra al mero instrumento, ocultándole la Mano que dirige todos los actos de la providencia. Sucede así con mucha frecuencia que los maestros religiosos así alabados y reverenciados, pierden de vista su dependencia de Dios y sin sentirlo empiezan a confiar en sí mismos. Resulta entonces que quieren gobernar el espíritu y la conciencia del pueblo, el cual está dispuesto a considerarlos a ellos guías en vez de mirar a la Palabra de Dios [YAHWEH]. La obra de la Reforma sufre así un detenimiento en su marcha, debido al espíritu de indulgencia propia, que domina a los que la sostienen. Dios quiso que este peligro no amenazara a la Reforma. Quiso que aquella obra recibiese no la marca de los hombres, sino la impresión de Dios. Los ojos de los hombres estaban fijos en Lutero como en el expositor de la verdad; pero él fue arrebatado de en medio de ellos para que todas las miradas se dirigieran al eterno Autor de la verdad.**

Extraído de: *“El Conflicto de los Siglos durante la Era cristiana,”* por Señora Elena G. White, Pacific Press Publishing Assn., 1913, págs. 158-183

Editor: El santísimo nombre del Padre, YAHWEH, fue utilizado en vez de la denominación 'SEÑOR'; y en el texto: el nombre del Hijo 'Yahshua el Mesías'. [...]